

Francesc Ramis Darder

Hechos de los Apóstoles

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

© Francesc Ramis Darder.
© Editorial Verbo Divino, 2009.

Fotocomposición: NovaText, Mutilva Baja (Navarra).
Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra).

Impreso en España - *Printed in Spain*

Depósito legal: NA. 1.485-2009

ISBN: 978-84-8169-933-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Presentación

Seguramente fue Dante Alighieri quien mejor definió la personalidad de san Lucas: el evangelista de la ternura del Señor (*scriba mansuetudinis Christi*). La pluma de Lucas nos ha legado una obra de alta calidad literaria y de gran hondura teológica: el Tercer Evangelio y el libro de los Hechos de los Apóstoles. La “Guía de lectura” que el lector tiene entre las manos aborda el libro de los Hechos, pues el estudio del evangelio figura en otra de las “Guías de lectura del Nuevo Testamento”.

La intención de la presente “Guía” estriba en alcanzar dos objetivos complementarios. Por una parte, ofrece una visión panorámica y específica del libro de los Hechos para que el lector pueda zambullirse en el mensaje y sea capaz de percibir la riqueza teológica y literaria de la obra lucana. Por otra, ofrece también a todo cristiano la posibilidad de interiorizar la Palabra tal como aparece en el texto lucano para que fructifique en la vida orante y comprometida.

Con la intención de alcanzar el doble objetivo que acabamos de exponer, la “Guía de lectura” recalcará que el libro de los Hechos es la obra teológica que narra cómo la Iglesia, impulsada por el Espíritu Santo, siembra en el vasto campo del mundo la Palabra de Dios: desde Jerusalén hasta Roma, y desde la Ciudad Eterna, como insinúa la obra lucana, hasta los confines del Orbe.

Como indicábamos antes, esta “Guía” ofrece también al lector la posibilidad de

interiorizar el contenido del libro de los Hechos. Como acabamos de explicar, la pluma de Lucas narra la historia teológica de la comunidad cristiana que, guiada por el Espíritu Santo, comenzó a plantar la semilla del Evangelio en el corazón del mundo. Análogamente, la “Guía” ofrece al lector la posibilidad de que la Palabra de Dios, tal como la expone el libro de los Hechos, cale en su corazón y que desde allí, impulsada por el Espíritu Santo, vaya empapando todos los ámbitos de su vida.

Con la intención de desarrollar con la mayor claridad los objetivos expuestos, hemos conferido a esta “Guía” una estructura pedagógica.

En primer lugar, detallamos las características teológicas y literarias del libro de los Hechos: autor, época de redacción, destinatarios; lengua y estilo; relación con el Tercer Evangelio; transmisión del texto (códices); estructura literaria y contenido teológico; añadimos también un esbozo sobre la importancia del libro de los Hechos en la vida y misión de la Iglesia.

A continuación, nos adentramos en el contenido literario y teológico. Buscando la mayor claridad, hemos estructurado el contenido del libro de los Hechos en cinco apartados:

- I. Prólogo (1,1-11).
- II. La Iglesia en Jerusalén (1,12-5,42).
- III. De Jerusalén a Antioquía (6,1-12,25).

IV. De Antioquía a Roma
(13,1–28,28[29]).

V. Epílogo (28,30-31).

Generalmente, el comentario de cada episodio viene acompañado de numerosas citas bíblicas; nuestra intención radica en que el lector pueda situar el libro de los Hechos en el conjunto del Nuevo Testamento y, mientras sea posible, en el mensaje global de la Sagrada Escritura.

Finalmente, incluimos un elenco bibliográfico para quien desee profundizar en el estudio o en la lectura espiritual del texto lucano (Sagrada Escritura, escritos en torno a la Biblia, aproximación al texto, contexto histórico y cultural, diccionarios temáticos, introducciones, comentarios y cuestiones específicas, *lectio divina* y catequesis, orígenes del cristianismo).

Desde la perspectiva catequética, acometemos la lectura de cada episodio del libro de los Hechos a través de un proceso que recorre cuatro etapas. En primer lugar, proponemos la lectura atenta del texto (a tenor del tono de las “Guías de lectura”, hemos adoptado, básicamente, la traducción de la Casa de La Biblia). A continuación, ofrecemos una panorámica literaria y teológica de cada episodio. Acto seguido, nos detenemos en la especificidad de cada relato. En último término, ofrecemos un apartado dedicado al estudio, la síntesis y la interiorización espiritual de cada episodio.

Esperamos que la “Guía de lectura” sea un buen instrumento para que el lector pueda saborear la riqueza teológica y literaria que destila cada página del libro de los Hechos de los Apóstoles.

Francesc Ramis Darder
Palma de Mallorca,
15 de agosto de 2008
Solemnidad de la Asunción
de la Madre de Dios
Año Paulino

Introducción

*“La Palabra de Dios es viva, eficaz
y más cortante que una espada de dos filos.”*

Heb 4,12

El cuerpo literario constituido por el evangelio de Lucas y los Hechos de los Apóstoles conforma un conjunto teológico compacto. No obstante, aunque el autor compusiera un cuerpo homogéneo, los cristianos desearon, con el paso del tiempo, disponer de los cuatro evangelios en un solo códice, es decir en un solo volumen. Desde esta premisa, la primitiva Iglesia dividió la obra lucana en dos grandes secciones: el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles.

El evangelio de Lucas quedó incluido en el códice que contenía los evangelios (Mt, Mc, Lc, Jn), mientras que el libro de los Hechos quedó inserto en otro códice; de ese modo, la presentación del NT adoptaba una línea de estilo catequético: el códice de los evangelios figuraba en primer lugar y delineaba la personalidad de Jesús, mientras aparecía en segundo lugar el códice del libro de los Hechos que exponía desde un punto de vista teológico la historia de la Iglesia primigenia.

La decisión eclesial de estructurar la obra de Lucas en dos grandes secciones (Evangelio y Hechos) es muy antigua, tuvo lugar un poco antes del año 150. Seguramente, fue en el momento de la división cuando la segunda parte de la obra lucana recibió el nombre *Hechos de los Apóstoles*. El título del libro está en consonancia con el encabezamiento de otras obras de la antigüedad que describen las gestas de los grandes héroes: *Hechos de Aníbal* o *Hechos de Alejandro*, entre otros

muchos; no es necesario recalcar que dichas obras magnificaban hasta el extremo tanto la vida como las gestas de los héroes paganos.

Si nos atuviéramos a la literalidad de las epopeyas consagradas a narrar los prodigios de los genios antiguos, deberíamos subrayar que el calificativo *Hechos de los Apóstoles* no responde del todo al contenido que cabría esperar del escrito lucano, pues aunque el libro mencione a los apóstoles (1,12-14) sólo refiere algunos pormenores de la historia de algunos (Pedro, Juan, Santiago, Pablo), y además incluye varios episodios importantes referentes a la vida de otros cristianos eminentes que participaron del ministerio apostólico, sin ser ellos mismos apóstoles (Esteban, Felipe).

Desde esta perspectiva, cabría decir que el libro de los Hechos comenta la actividad de algunos cristianos relevantes que en los albores de la Iglesia empeñaron su vida en la difusión de la Buena Nueva. En definitiva, la obra de Lucas constituye una historia teológica. La primera parte, el Evangelio, reseña la actividad liberadora de Jesús; y la segunda, el libro de los Hechos, describe como la Iglesia, impulsada por el Espíritu Santo, comienza a extender la Buena Noticia del Resucitado hasta los confines de la tierra.

A lo largo de esta Introducción esbozaremos a grandes rasgos las características básicas del libro de los Hechos de los Apóstoles. Comenzaremos refiriéndonos

al autor del libro, al lugar donde probablemente fue compuesta la obra, y a los destinatarios del texto lucano. Después, consideraremos las características literarias del libro. Acto seguido, nos detendremos un instante para calibrar el valor literario y teológico de los diversos papiros y códices en que han llegado hasta nosotros los escritos lucanos. Seguidamente, esbozaremos la estructura literaria y el contenido teológico del libro. Finalmente, expondremos de forma sucinta la importancia de la obra lucana en la vida y misión de la Iglesia.

1. Autor, época y destinatarios

El evangelio de Lucas y el libro de los Hechos se escribieron para que la comunidad mantuviera viva la memoria del Resucitado y acreciera el tesón misionero. La Iglesia en el siglo II agrupó los diversos escritos apostólicos que habían ido apareciendo en el seno de las diversas comunidades y estableció el *canon* del NT; es decir, especificó qué libros debían considerarse revelados e integrarse en la Sagrada Escritura.

Durante la época en que se establecía el canon (siglo II), la Iglesia, como decíamos antes, dividió la obra de Lucas en dos secciones: el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles. El motivo de la división reposa sobre un criterio teológico y otro bibliográfico. Debido a la importancia de los escritos que aludían al ministerio de Jesús, la Iglesia agrupó los evangelios en un solo código (Mt, Mc, Lc, Jn); por esa razón la primera parte de la obra lucana se integró en el código de los Evangelios, y la segunda formó parte de otro código que incluiría el libro de los Hechos, entre otros escritos.

La Iglesia adscribió a Lucas la autoría del evangelio, llamándolo *Evangelio de Lucas*. La segunda parte de la obra lucana, los *Hechos de los Apóstoles*, no se atribuyó a ningún autor en concreto, pero la tradición cristiana antigua adjudicó la obra al mismo autor del Evangelio, Lu-

cas. Desde el siglo II, la tradición cristiana transmitida por Ireneo y Marción identificó a Lucas con el médico, compañero de Pablo, mencionado en las cartas paulinas (Col 4,14; Flm 24; 2 Tim 4,11).

Los padres de la Iglesia atribuyeron el Tercer Evangelio al genio de Lucas. Fueron muy numerosos los que refirieron la expresión paulina “mi evangelio” (Rom 2,16; 2 Tim 2,8) al evangelio de Lucas; de ese modo entendían que cuando Pablo salía a predicar lo hacía llevando consigo el Tercer Evangelio, llamado por el apóstol, según sostenían los padres, *mi evangelio*.

Hasta los albores del siglo XIX y apelando a la tradición eclesial, los estudiosos de la Escritura atribuyeron tanto el Tercer Evangelio como el libro de los Hechos a la pluma del médico, amigo de Pablo. Sin embargo, el estudio atento de la obra lucana contradice la opinión que considera que el autor del libro de los Hechos fuera un compañero de Pablo.

Existen acontecimientos decisivos en la vida de Pablo que el autor de los Hechos desconoce. En primer lugar, Hch 11,30 relata un segundo viaje de Pablo a Jerusalén, realizado entre su primera visita a la ciudad, cuando Bernabé lo presentó a los apóstoles (9,26-29), y la posterior subida a Jerusalén, acompañado por Bernabé, para participar en el Concilio (15,2). Ahora bien, Pablo en la Carta a los Gálatas contradice esta presentación: afirma que entre su vocación y la subida a Jerusalén para encontrarse con Pedro y tener ocasión de ver a Santiago, no había vuelto a pisar la Ciudad Santa (Gal 1,11-24).

En segundo término, el libro de los Hechos afirma que el decreto emanado del Concilio de Jerusalén (15,23-29) fue impuesto a las comunidades cristianas provenientes del paganismo para que observaran cuatro principios específicos de la Ley judía, la intención de la prescripción radicaba en la decisión de facilitar la convivencia entre los cristianos procedentes del judaísmo y los nacidos en tierras paganas.

Sin embargo, la presentación del libro de los Hechos contradice la afirmación de Pablo en su carta a los Gálatas, pues dice el apóstol: “en cuanto a los que tenían autoridad [...] ninguna otra cosa me impusieron [...] tan sólo nos pidieron que nos acordásemos de los pobres, cosa que yo he procurado cumplir con gran solicitud” (Gal 2,6.10).

El autor de los Hechos tampoco desarrolla una síntesis biográfica de la vida del apóstol de los gentiles. La perspectiva propia de la teología lucana, como podrá comprobar el lector a lo largo de la “Guía de lectura”, difiere en buena medida de la teología que el apóstol ofrece en sus cartas.

La investigación bíblica ha permitido aquilatar la información transmitida por la tradición antigua. ¿Cuál es la opinión de los investigadores actuales? No cabe duda de que el conjunto Evangelio-Hechos es el resultado final del trabajo de un solo autor que recogió tradiciones antiguas y supo entrelazarlas hasta constituir un cuerpo teológico y literario coherente.

La mayoría considera que el autor se llamaba “Lucas”: la tradición eclesial nunca ha intentado cambiar el nombre del autor del conjunto formado por el Tercer Evangelio y los Hechos; además cabe suponer que el nombre del autor no sea falso, pues si hubiera existido interés en adscribir la obra a un autor ficticio seguramente se habría apelado a nombres de mayor raigambre en el seno de la Iglesia antigua (Pedro, 1 y 2 Pe; Santiago: Sant; Judas).

Tal como se deduce del prólogo (Lc 1,1-4; Hch 1,1-2), Lucas fue un cristiano de la segunda generación, entre los años 70-100. A tenor de sus conocimientos teológicos y de su pericia literaria, era un cristiano culto, conocedor del AT y de la cultura clásica. No cabe duda de que estaba relacionado con las comunidades paulinas; algunos autores sostienen que nació fuera de Palestina y que era de origen gentil.

Como sucede con la mayoría de los libros bíblicos, la fecha de composición del libro de los Hechos sólo puede deter-



Existe una tradición clara que se remonta al siglo II que atribuye el conjunto Evangelio-Hechos a Lucas, el médico amigo de Pablo.

Marción (medidos del siglo II) adoptó el evangelio de Lucas como el único evangelio; conocía la tradición que atribuía el evangelio a Lucas, el compañero de Pablo.

El canon Muratoriano (mediados del siglo II) sostiene que Lucas, el amigo de Pablo, escribió el evangelio y el libro de los Hechos. Ireneo de Lyon (finales del siglo II) afirma que Lucas, médico y amigo de Pablo, escribió el tercer evangelio.

El Prólogo Antimarcionita (finales del siglo II) recalca que Lucas, el autor del Tercer Evangelio y de los Hechos de los Apóstoles, nació en Antioquía, fue discípulo de los apóstoles, se apegó especialmente a Pablo, escribió en la provincia romana de Acaya para los cristianos provenientes del paganismo, fue célibe y murió a los ochenta y cuatro años en Beocia.

Tertuliano relata que Lucas fue compañero de los apóstoles, pero enfatiza que nunca perteneció al colegio apostólico. Clemente de Alejandría, Orígenes, Eusebio de Cesarea y Jerónimo reiteran la información citada.

minarse de manera aproximada. Intentemos, pues, un acercamiento.

La fecha en que nació la obra lucana (Evangelio y Hechos) no puede ser posterior al año 150, pues en torno a esa fecha se compuso el Canon Muratoriano que la menciona expresamente; además, alrededor de esos años comienzan a aflorar las primeras citas del texto lucano en los escritos de los Santos Padres, con lo que debemos afirmar que la obra estaba escrita y era conocida en el año 150.

El libro de los Hechos refiere la tarea de Porcio Festo como gobernador de Judea (Hch 24,27-26,32). Los estudios históricos establecen la jefatura de Festo entre los años 60-62; por ese motivo el conjunto lucano no pudo ver la luz antes del año 62.

En definitiva, la posible fecha de composición se extiende entre los años 62-150; entre la época del gobierno de Festo y la elaboración del Canon Muratoriano. La mayoría de los investigadores sostiene que la obra lucana vio la luz entre los años 80-90, primero apareció el Evangelio y después el libro de los Hechos de los Apóstoles.

El lugar donde nació la obra lucana es difícil de establecer con seguridad. El Tercer Evangelio contiene una serie de imprecisiones geográficas que parecen descartar la posibilidad de que Lucas escribiera en Palestina. Si Lucas hubiera vivido en Judea hubiera sido más conspicuo por lo que atañe al aspecto geográfico. La tradición antigua tiende a situar el crisol del conjunto lucano en Grecia: el Prólogo Antimarcionita enmarca la redacción en la provincia de Acaya, mientras Jerónimo la ubica en Beocia. El análisis del vocabulario, la sintaxis y la temática de la obra lucana sugieren que el libro de los Hechos fue escrito en alguna región de Grecia, o cuando menos en una comunidad fuertemente teñida por la mentalidad helenista.

El prólogo del Evangelio (Lc 1,1-4; cf. Hch 1,1-2) especifica la identidad de los destinatarios: “Muchos se han propuesto componer un relato [...] según nos lo transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares [...] me ha parecido también a mí [...] escribirte una exposición ordenada, ilustre Teófilo”.

Desde esta perspectiva, es evidente que la obra lucana se dirige a las comunidades que ya conocen la Buena Nueva del Resucitado y que tienen además una buena formación cristiana. La lectura global del conjunto Evangelio-Hechos atestigua que los destinatarios de la composición son preferentemente cristianos procedentes del paganismo, ahora bien, la obra también incluye, aunque sea en menor medida, claras referencias a las minorías judeo-cristianas.

Tres detalles literarios y teológicos confirman la proyección preferente de la obra lucana hacia el mundo gentil.

En primer término, tanto el Evangelio como el libro de los Hechos están dedicados a Teófilo; personaje de origen griego, como puede deducirse del significado de su nombre: “Amigo de Dios” (Lc 1,3; Hch 1,1).

En segundo lugar, la afirmación universalista según la que Lucas reitera que el evangelio prometido a los judíos es también para los paganos (Hch 10,44-48; 13,44-48).

En último término, cabe observar la constancia con que Lucas acomoda a la mentalidad helenista el material de talante judeocristiano que ha recibido de la tradición. Veamos un ejemplo ilustrativo: Mt 7,24-27 se refiere a la casa edificada “sobre roca”, mientras Lc 6,48 alude a la “casa construida sobre buenos cimientos”; en ese sentido, Lucas adecua el término “roca”, de cariz semita, a la locución “buenos cimientos” más propia del mundo gentil.

La gran relevancia que adquiere la figura de Pablo en la obra lucana (Hch 9-28) sugiere que los destinatarios eran cristianos de alguna comunidad de origen paulino; en ese sentido podría situarse en Asia Menor, Macedonia u otras regiones de Grecia evangelizadas por Pablo.

A modo de síntesis cabe decir que Lucas, cristiano culto y conocedor del AT y del pensamiento griego, escribió una magna obra teológica, Evangelio-Hechos, dirigida a los cristianos helenistas de la segunda generación y vinculados a la predicación paulina; escribió con la intención de afianzarles en el conocimiento del misterio salvador de Jesús y empeñarles en la proclamación de la Buena Nueva.

2. Lengua, estilo literario y solidez teológica

El Tercer Evangelio y el libro de los Hechos de los Apóstoles están escritos en lengua griega. No obstante, aunque estén redactados en griego no presentan el estilo propio de Platón o Aristóteles, sino que se adaptan a la forma peculiar del griego

llamada *koiné*, o lengua común. ¿A qué se debe el matiz lingüístico?

Lucas, como los demás evangelistas, deseaba que su obra (Evangelio y Hechos) fuera leída y entendida por el mayor número posible de personas. Si hubiera adoptado el estilo propio del griego clásico y erudito (Demóstenes, Píndaro), la difusión de sus escritos se hubiera circunscrito a unos pocos ambientes de la elite helena; por eso Lucas abrazó el lenguaje habitual que hablaba la gente de su tiempo y de su región, la forma que ha venido a llamarse *koiné*.

No obstante, la excelencia literaria de Lucas no circunscribió estrictamente su obra a la forma *koiné*, sino que confirió a sus escritos una elegancia peculiar en el seno del NT. El griego que teje la obra lucana es el más elegante del NT, al que sólo se puede parangonar la pulcritud literaria de la Carta a los Hebreos.

La brillantez lingüística de la obra lucana supera con mucho la calidad expresiva de la *koiné*, pero además se distingue porque Lucas ha sabido valerse de las diversas modalidades de la lengua griega para trenzar sus escritos.

El prólogo del Evangelio está redactado en el lenguaje propio del clasicismo griego de mayor raigambre; varios pasajes adoptan el espíritu retórico propio de la *Septuaginta*; los evangelios de la Infancia respiran el aire griego lleno de semitismos; cuando el texto de Lucas y el de Marcos corren paralelos, se aprecia enseguida como el autor del Tercer Evangelio ha conferido una mayor calidad literaria a los episodios comunes. El libro de los Hechos responde a las características literarias que afloran en el Evangelio, pero está escrito con mayor libertad. ¿Por qué razón?

Como sabemos, Lucas escribió su evangelio teniendo en cuenta el contenido teológico y el orden narrativo que ofrece el evangelio de Marcos, por eso cuando compuso el Evangelio tuvo que conformarse con ahondar, mejorar y embellecer el texto de Marcos sin alterarlo sustancialmente en ningún momento. En cambio, cuan-

do compuso el libro de los Hechos no tuvo que ceñirse al orden determinado por un texto que ya estuviera redactado.

Evidentemente, Lucas contó con diversas fuentes literarias que le proveyeron del material narrativo para componer el libro de los Hechos, pero disfrutó de la mayor libertad por lo que respecta al uso de las fuentes y al estilo literario que confirió a la narración. El vocabulario es rico, variado, preciso y en gran medida parejo al que ofrece la LXX. Contiene numerosos hapax (se llama *hapax* a las palabras que aparecen una sola vez en el NT).

Aunando los datos que acabamos de ofrecer, es justo recalcar la riqueza literaria con que Lucas compuso su obra. Sin embargo, la grandeza lucana no se limita al vocabulario, pues emplea una serie de recursos literarios que desconocen, en buena medida, otros autores del NT (uso del optativo, atracción de relativo, acusativo neutro del artículo definido, empleo libre del genitivo absoluto).

La lectura atenta revela que la elegancia lucana se manifiesta mejor en el libro de los Hechos que en el Evangelio; pues, como decíamos antes, cuando Lucas redactó el Evangelio se ciñó al orden narrativo del relato de Marcos, con lo que sólo pudo mejorar, aunque fuera en gran medida, un texto que ya estaba escrito.

Sin embargo, como es evidente, la intención de Lucas no se circunscribía a la elaboración de un relato brillante, sino a la proclamación convencida y fiel de la Palabra de Dios. Lucas puso todo su bagaje literario y su cultura selecta al servicio del anuncio de la Buena Nueva. Expresó el contenido teológico de la Buena Noticia con el lenguaje más idóneo en cada momento. De ese modo, revistió de semitismos el Evangelio de la Infancia de Jesús para conferirle el tono más añejo, o hilvanó el prólogo con la prosa clásica más precisa para suscitar el interés del lector erudito.

Lucas no sólo adaptó el vocabulario a las diversas situaciones sino que también adecuó el ritmo del relato a los diferentes ámbitos teológicos.

El contenido de Hch 2,14–5,42 relata los orígenes de la comunidad de Jerusalén. El ritmo de la narración adquiere un tono repetitivo: aparece primero un discurso de Pedro (2,14-41), después figura una reflexión sobre la primitiva Iglesia (2,42-47), a continuación despunta un milagro (3,1-11), acto seguido el texto reproduce otro discurso de Pedro (3,12-26), inmediatamente subraya la persecución que sufren los apóstoles (4,1-22) y la oración confiada de la comunidad cristiana (4,23-31), enseguida aflora una nueva intervención de Pedro (5,1-11), después brota la mención de varios milagros y la reflexión sobre la situación de la Iglesia (5,12-16), finalmente vuelve a recalcar la persecución que padecen los apóstoles (5,17-42).

El aspecto reiterativo de la narración es el exponente de la grandeza literaria y teológica de Lucas, pues la reiteración expresa que el progreso constante de la Iglesia se asienta sobre bases sólidas, la solidez de los fundamentos sobre los que se alza la Iglesia aparece bajo la forma de la reiteración literaria y teológica.

Por el contrario, el conjunto formado por Hch 6,1–15,35 está teñido por la agilidad y la aceleración narrativa, pues señala la enorme rapidez con que se difunde el mensaje cristiano (Jerusalén, Samaría, Damasco, Cesarea, Antioquía), y la multitud de personajes que intervienen (Esteban, Pedro, Juan, los judeocristianos heleenistas, Pablo, Bernabé).

El periplo narrativo que abarca desde 15,36 hasta 19,20 se centra en la tarea misionera de Pablo (Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas, Corinto, Antioquía, Éfeso). La última parte del libro desvela las peripecias del largo viaje que condujo a Pablo hasta Roma (19,21–28,31). La última etapa muestra la forma en que la Iglesia orienta la proclamación de la Buena Nueva hacia el mundo pagano.

Como sucedía con la sección que refería el desarrollo de la Iglesia de Jerusalén (2,14–5,42), el contenido de Hch 6,1–28,31 también abunda en la repetición: el relato de la conversión de Pablo figura tres veces (9,1-29; 22,3-21; 26,9-20), y dos veces el

del bautismo de Cornelio y los de su casa (10,1-48; 11,1-18).

La teología lucana reitera los acontecimientos que deben ser normativos y vinculantes para la vida de la Iglesia: la aceptación de los paganos, la constante predicación de la Palabra, la preeminencia del pueblo judío, la fidelidad en la persecución, la confianza en el auxilio constante del Espíritu Santo, etc.

Un matiz literario llama la atención en el libro de los Hechos. Lucas adopta la primera persona del plural en tres ocasiones: 16,10-17; 20,5-21,18; 27,1–28,16. (Si nos atenemos al texto Occidental también aparece de ese modo en 11,28). Algunos intérpretes, siguiendo la opinión de Ireneo de Lyon (siglo II), percibieron en los pasajes donde aparece la forma plural, “nosotros”, la confirmación de que Lucas acompañó a Pablo en sus viajes.

No obstante, como ya hemos tenido ocasión de referir, la posición de los teólogos antiguos contrasta con el hecho cierto de que Pablo nunca menciona a Lucas en sus cartas como compañero en la tarea evangelizadora.

Ateniéndonos al criterio de la mayoría de los comentaristas actuales, cabe entender el uso de la primera persona del plural, “nosotros”, como el vestigio textual de un diario de viaje escrito por algún compañero de Pablo que fue utilizado después por Lucas para componer su obra; algunos eruditos sugieren que hubiera podido ser Silas el autor del diario. El diario, según el criterio de los investigadores, correspondería al itinerario que siguió Pablo para llevar la colecta que las Iglesias de Macedonia habían recogido para auxiliar a la Iglesia de Jerusalén (1 Cor 16,1-4; 2 Cor 8–9; Rom 15,25-29).

El prólogo del Evangelio explica la forma en que Lucas confeccionó su obra: “Ya que muchos se han propuesto componer un relato [...] me ha parecido también a mí, después de haber investigado cuidadosamente todo lo sucedido desde el principio, escribirte una exposición ordenada, ilustre Teófilo” (Lc 1,1-4; Hch 1,1-2). La explicación del prólogo, como acabamos de

leer, especifica que Lucas compuso su obra valiéndose de fuentes literarias que contenían relatos ya escritos, y que también contó con el testimonio de testigos oculares.

Los estudios relativos a los evangelios sinópticos han determinado, con el asenso de la mayoría de los investigadores, las fuentes de las que bebió Lucas para elaborar el Evangelio. A tenor de la opinión de los comentaristas, las fuentes principales son tres: el evangelio de Marcos, la fuente Q (conjunto de dichos de Jesús), y la información que Lucas pudiera recabar de su propia comunidad.

Todos los estudiosos están de acuerdo en que Lucas utilizó diversas fuentes para componer el libro de los Hechos: relatos e itinerarios de viajes, síntesis catequéticas nacidas en el seno de las primeras comunidades, narraciones compuestas en torno a los apóstoles y a otros cristianos insignes, recuerdos de la confrontación entre los judíos y los misioneros cristianos, crónicas fundacionales de las primeras comunidades, discursos, etc. Numerosos investigadores suponen la existencia de dos colecciones escritas que Lucas habría utilizado con profusión: “los Hechos de Pedro” y “los Hechos de Pablo”.

Ahora bien, la sagacidad teológica y literaria de Lucas ha reelaborado tan profundamente las tradiciones recibidas que es difícil deslindarlas con claridad. Cuando se analiza el Evangelio de Lucas es posible apreciar, a grandes rasgos, las tres fuentes principales: Mc, Q y la fuente propia de la comunidad lucana. Sin embargo, al diseccionar el libro de los Hechos, las diversas fuentes no pueden separarse sin quebrar la coherencia del relato, pues el autor las ha entrelazado y reelaborado con mucha profundidad.

Debemos recordar que la intención de Lucas, como la que albergaban la mayoría de los autores antiguos, no consistía en transmitir acontecimientos de forma aséptica. Lucas no compuso el libro de los Hechos para describir los avatares que jalonaron la historia de la primitiva Iglesia, sino que utilizó los datos de que disponía para componer la historia teológica del alba del tiempo de la Iglesia.

3. La transmisión de la obra lucana

Lucas escribió toda su obra en lengua griega sobre papiros. Una vez redactada fue posible su lectura; pero, conviene recordar que durante la antigüedad los libros se leían, generalmente, en voz alta y ante un auditorio específico, pues la gente, en su inmensa mayoría, era analfabeta y necesitaba que alguien declamara lo que estaba escrito.

Cuando Lucas hubo compuesto su obra, no cabe duda de que algún lector erudito la leería periódicamente en voz alta para que pudiera escucharla toda la comunidad cristiana. Ahora bien, si la comunidad se hubiera contentado con disponer de un solo documento donde figurara la obra lucana, el texto no habría superado las fronteras de la comunidad donde vio la luz. Si la asamblea quería que la obra perdurara y se divulgara en el seno de la Iglesia, no quedaba más opción que copiarla una y otra vez para poder conservarla en el seno comunitario y distribuirla entre las diversas Iglesias.

Algunas copias quedarían en posesión de la misma comunidad lucana, pues de ese modo el texto podría transmitirse a las generaciones futuras; pero, como acabamos de decir, otras copias se enviarían a otras comunidades para que pudieran leerlas en las celebraciones litúrgicas. A su vez las comunidades receptoras del texto lucano volverían a copiarlo con el deseo de guardarlo para la posteridad, y enviarían también alguna copia a las Iglesias vecinas para que pudieran leerlo en las celebraciones y divulgarlo, a su vez, entre las comunidades vecinas.

Con acelerada rapidez, el texto lucano fue expandiéndose por toda la Iglesia gracias a las sucesivas copias que las comunidades realizaban con fervor. Como hemos observado, si las comunidades no hubieran copiado la obra lucana con tanta profusión el texto hubiera caído en el olvido. Muchas obras literarias de la antigüedad clásica se han perdido; no porque el argumento que trataban fuera malo o

su calidad literaria deficiente, sino porque nadie se molestó en copiarlas para enviarlas después a centros de estudio o bibliotecas donde pudieran leerse.

Acabamos de aseverar que la obra lucana se difundió con celeridad porque hubo numerosos escribas que hicieron copias y muchos mensajeros que las distribuyeron entre las diversas Iglesias. Ahora bien, de inmediato surge una pregunta crucial: ¿los escribas copiaron con fidelidad los escritos de Lucas, o no? Dicho de otro modo: ¿alteraron los copistas el contenido teológico de la obra lucana para acomodarla a los gustos de cada comunidad concreta?

A tenor de la opinión de los mejores comentaristas, debemos afirmar que los copistas transmitieron la obra que nació de las manos de Lucas con una gran fidelidad. Las razones son obvias. Los materiales necesarios para la escritura, la tinta y el papiro, eran caros, por eso los copistas no podían permitirse errores graves que implicaran la necesidad de tirar un papiro emborronado o mal copiado.

Debemos tener en cuenta también que la tarea del escriba era lenta y laboriosa y, habitualmente, resultaba muy cara para quien encargaba la copia de una obra extensa como la de Lucas. Un error grave suponía una pérdida de tiempo notable y además encarecía los gastos, pues el escriba debía hacerse con nuevos materiales e invertir un tiempo largo para volver a redactar el texto mal copiado.

Sin embargo, a nuestro entender, la razón de mayor peso para cuidar hasta el extremo la buena transmisión del texto era de índole teológica. La comunidad tenía en gran estima los textos bíblicos, en este caso la obra de Lucas, pues contenían la Palabra de Dios; por esa razón los escribas se esmeraban sobremanera en las copias con la intención de legar a la posteridad el contenido de la Palabra con la mayor fidelidad.

No obstante, aunque los copistas realizaran su labor con el mayor cuidado, no podían evitar los errores que cometían por inadvertencia: copiaban mal una le-

tra, omitían sin darse cuenta una palabra, a veces saltaban una línea, o copiaban dos veces una palabra, etc. Cuando un escriba posterior recibía el encargo de hacer una nueva copia, se encontraba con los errores que había cometido el copista anterior e intentaba subsanarlos, no siempre con acierto. Además, el nuevo escriba también cometía pequeños errores por inadvertencia que quedaban incorporados en la nueva copia.

La tarea de los copistas no sólo contenía los errores nacidos de la inadvertencia, sino que también presentaba alteraciones que procedían de la propia decisión personal del escriba. Imaginemos un ejemplo. Lucas redacta su obra, en alguna línea podría haber escrito: “por la mañana salió el apóstol y dijo a Jesús”; un copista, inadvertidamente, omite la palabra “apóstol”, con lo que resulta: “por la mañana salió y dijo a Jesús”. El siguiente copista se encuentra con la frase alterada, intenta imaginarse cual hubiera podido ser la palabra que omitió el escriba anterior, hurgando en el contenido del episodio que está copiando, supone que la palabra omitida pudo ser “Pedro”, con lo que copia: “por la mañana salió Pedro y dijo a Jesús”. Como hemos comentado, la tarea de los sucesivos escribas no alteró el contenido teológico del texto; pero como acabamos de observar incluyó pequeños matices: aunque Pedro sea un apóstol, el texto primero contenía la palabra “apóstol” pero no mencionaba a Pedro.

Con el paso del tiempo los errores fueron insertándose en el texto de Lucas; pero, y eso es lo más importante, las erratas no alteraron sustancialmente el contenido teológico de la obra. Evidentemente, no poseemos el manuscrito original que brotó de la inspiración de Lucas, pero disponemos de documentos que lo reproducen con la mayor fidelidad desde la perspectiva teológica, aunque presenten entre ellos el tipo de divergencias que antes hemos comentado.

Las copias más antiguas del libro de los Hechos de los Apóstoles se escribieron sobre papiros; el papel de la antigüedad, fabricado con un planta palustre

(*Cyperus papyrus*), que crecía con suma facilidad en las zonas pantanosas del País del Nilo. Los papiros más importantes que contienen el libro de los Hechos son: P (45) y P (74); papiro 45 y papiro 74 respectivamente. El P (45) data del siglo III, el P (74) es del siglo VII.

Con la llegada de un material más sólido y duradero, el pergamino, la escritura sobre papiro fue perdiendo importancia. El pergamino se preparaba a partir de pieles de animales convenientemente tratadas y convertidas en hojas finas y lisas. Las hojas se agrupaban dando lugar a un códice, lo que podríamos asimilar, valiéndonos del lenguaje pedagógico, a un libro o a un cuaderno. El libro de los Hechos comenzó a escribirse sobre pergaminos pero utilizando sólo las letras mayúsculas del alfabeto griego; los códices escritos con mayúsculas se denominan *unciales*.

La escritura, como acabamos de decir, se realizaba con letras mayúsculas, pero también presentaba una dificultad extraña para el lector de nuestro tiempo: aparecía sin mostrar ninguna separación entre las palabras. El lector tenía ante los ojos líneas compuestas por letras mayúsculas una al lado de otra; como las palabras no estaban separadas, era la pericia del lector la que debía establecer cuando comenzaba y finalizaba cada palabra.

Han llegado hasta nosotros algunos Códices que contienen el libro de los Hechos; sin embargo, la “Guía de lectura” que presentamos sólo requiere que nos fijemos en tres: el Códice Vaticano, siglo IV; el Códice Sinaítico, siglo IV, y el Códice Bezae, siglo V.

El Códice Vaticano, por lo que respecta al libro de los Hechos, contiene un texto breve y conciso; la mayoría de los estudiosos entiende que es el mejor y el más cercano al original.

El Códice Bezae, incluido en una categoría que ha venido a llamarse “Occidental”, es un diez por ciento más largo que el Códice Vaticano. Incluye unas cuatrocientas adiciones en las que aclara y precisa detalles y expresiones; resalta quizá en demasía las figuras de Pedro y

Pablo, y fustiga con excesiva dureza al pueblo judío. La calidad literaria es inferior a la del Códice Vaticano y su lenguaje a veces roza el ámbito de la vulgaridad.

El Códice Sinaítico, descubierto en el Monasterio de Santa Catalina (Sinaí) presenta en Hch 2,5 un matiz significativo: Mientras el Códice Vaticano y el Bezae (Occidental) leen: “judíos piadosos”, el Sinaítico se decanta por entender: “hombres piadosos”.

La “Guía de lectura” que proponemos traduce al castellano el “Códice Vaticano”. No obstante, con la intención de que el lector perciba los matices literarios que figuran en los otros dos códices citados, haremos constar, cuando sea oportuno, los matices que aparezcan en el Códice Sinaítico y en el Bezae (Occidental).

4. Estructura literaria y contenido teológico del libro de los Hechos

La estructura de una obra literaria es el pentagrama con que se reviste el texto para interpretarlo con los instrumentos de la razón, la sensibilidad, la intuición, la espiritualidad y la creatividad.

Como hemos reiterado, la obra lucana engloba el Evangelio y el libro de los Hechos, pero con la intención de conseguir la mayor concisión nos detendremos sólo en la estructura del libro de los Hechos. Comenzaremos exponiendo las dos propuestas estructurales que han obtenido el mayor consenso entre los estudiosos. Después, ofrecemos al lector una “Guía de lectura” para la comprensión panorámica del libro de los Hechos.

a. Algunas sugerencias para establecer la estructura del libro de los Hechos

A lo largo de la historia, los comentaristas han propuesto diversas estructuras literarias y teológicas para interpretar el libro de los Hechos. Dos de ellas han gozado de mayor fortuna.

La primera se atiene a la actividad evangelizadora de Pedro y Pablo. Cuando leemos el libro apreciamos que la primera parte (Hch 1–12) se refiere básicamente a Pedro, mientras la segunda (Hch 13–28) alude preferentemente a Pablo. La teología lucana adscribe a Pedro y Pablo situaciones muy parecidas: curaciones milagrosas (3,1-11: Pedro y Juan; 14,8-11: Pablo), resurrección de muertos (9,40-43: Pedro; 20,7-12: Pablo), expulsión de espíritus inmundos (5,16: Pedro; 16,16-18: Pablo), liberación milagrosa de la cárcel (5,17-19: los apóstoles entre quienes se encuentra Pedro; 12,1-23: Pedro; 16,23-40: Pablo y Silas), discusión con los hechiceros paganos (8,14-24: Pedro y Juan; 19,13-17: Pablo).

Los partidarios de este planteamiento entiende que el libro de los Hechos consta de dos partes: la primera hilvanada entorno a la figura de Pedro (1–12) y la segunda entretejida al cobijo de Pablo (13–28).

La segunda propuesta se aviene con la sucesión geográfica a través de la que va extendiéndose la Buena Nueva por toda la tierra. Según atestigua el libro, el Resucitado dijo a los apóstoles encerrados en el cenáculo: “Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra” (1,8). De ese modo, el contenido del libro se estructura, a grandes rasgos, en tres secciones mayores que definen las etapas con que la Buena Noticia comienza a esparcirse por toda la tierra. Primero, la voz del Resucitado resuena en Jerusalén y Judea (1,1–8,3), después en Samaría y en la llanura costera (8,4–11,18), para llegar finalmente a Roma y desde allí comenzar la ruta que la llevará hasta los confines del mundo (11,19–28,31).

Atendiendo a las diferentes proposiciones formuladas por los comentaristas y especialmente a las dos que acabamos de citar, orientaremos la “Guía de lectura” por los derroteros de la segunda propuesta; ahora bien, aportamos, como veremos a continuación, algunas modificaciones significativas.

b. *Guía de lectura para el libro de los Hechos*

Como corresponde a toda obra literaria, el libro de los Hechos comienza con un prólogo (1,1-11). El prólogo se compone de diversos apartados: presentación y dedicatoria (1,1-2), despedida de Jesús (1,3-8) y relato de la Ascensión (1,9-11).

A nuestro entender el objetivo teológico del libro aparece especificado en el prólogo mediante el versículo que ya hemos mencionado y ahora reiteramos. Dijo el Señor a los apóstoles reunidos en el cenáculo: “Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra” (1,8). El Señor promete el Espíritu Santo a los apóstoles para que puedan ser testigos de su resurrección desde Jerusalén hasta los confines del Orbe.

Al igual que toda composición literaria que se precie, el libro de los Hechos finaliza con un epílogo, en este caso muy escueto: “Pablo estuvo dos años en una casa alquilada por él, y allí recibía a todos los que iban a verlo. Podía anunciar el reino de Dios y enseñar cuanto se refiere a Jesucristo, el Señor, con toda libertad y sin obstáculo alguno” (28,30-31).

El epílogo constata que un testigo del Señor (cf. 1,8), Pablo, ha llegado a Roma y sugiere que desde la Ciudad Eterna el testimonio del Resucitado se difundirá hasta los confines de la tierra. Conviene recordar que la mentalidad antigua consideraba que la ciudad de Roma era el centro del mundo conocido, y entendía que desde las calzadas que partían de la Urbe cualquier idea podía irradiarse hasta los confines de la tierra.

Entre el prólogo (1,1-11) y el epílogo (28,30-31) se yergue el cuerpo del libro (1,12–28,28[29]). Narra como el testimonio del Señor resucitado, vivido en el seno de la comunidad cristiana, va desplegándose hasta los confines del Orbe, primero en Jerusalén y Judea (1,12–8,3), después en Samaría y la llanura costera

(8,4–11,18), para comenzar después el periplo que lo llevará hasta Roma (11,19–28,28[29]) y desde allí hasta los lindes de la tierra (28,30-31).

De ese modo, el libro de los Hechos constituye el relato teológico que describe el proceso de difusión de la verdad salvadora del Señor resucitado, desde el corazón de Jerusalén hasta el horizonte más lejano.

Ahora bien, la Buena Nueva no se difunde hasta el confín de la tierra de manera espontánea, ni tampoco se extiende sólo por el esfuerzo personal de los misioneros cristianos; pues, como señala expresamente el libro (1,8), es el Señor quien promete el Espíritu Santo a los apóstoles para que puedan convertirse en sus testigos hasta sembrar el eco de la Palabra en los extremos más lejanos de la tierra. Desde esta perspectiva, el Espíritu es el protagonista del libro de los Hechos, pues es el Espíritu Santo quien impulsa a los apóstoles a dar testimonio del Señor por toda la tierra.

Todavía queda un apunte. Cuando analizamos el conjunto de la obra lucana (Evangelio y Hechos), podemos estructurarla, en buena medida, en tres apartados teológicos.

En primer lugar figura “el tiempo de la Espera”, el tiempo del AT. Aparece sintetizado, básicamente, en el episodio que describe la genealogía de Jesús (Lc 3,23-38), síntesis metafórica del AT. No cabe duda de que la Antigua Alianza, leída desde la perspectiva del NT, es el tiempo de la anhelante espera del Salvador prometido a los patriarcas, anunciado por los profetas y meditado por los sabios.

En segundo término aflora “el tiempo del Cumplimiento”, el tiempo de Jesús. Emerge visiblemente a lo largo del Tercer Evangelio: efectivamente, la Nueva Alianza, contemplada desde la óptica del AT, es el tiempo en que se cumplen las promesas de Dios a los padres de Israel. El Evangelio muestra en la persona de Jesús al Salvador (Lc 2,11) prometido en las páginas de la Antigua Ley (Lc 1,30-33; cf. 2 Sm 7,1-16; Is 7,14; 9,6). El Evangelio

narra como Jesús, el redentor prometido en la Antigua Alianza, infunde la misericordia en el corazón de cada ser humano, liberándolo de las tinieblas del pecado y de la flecha de la muerte eterna.

En último lugar despunta “el tiempo de la Iglesia”, el tiempo de la evangelización. El tiempo que aguarda la segunda venida de Jesús al final de la Historia, tal como lo prometieron los dos hombres vestidos de blanco a los apóstoles después del prodigio de la Ascensión (1,9-11). El tiempo de la Iglesia palpita a lo largo del libro de los Hechos, pues el relato expone como el testimonio del Señor se propaga por toda la tierra, gracias a la intervención del Espíritu Santo que impulsa la tarea misionera de los apóstoles y de los evangelizadores cristianos (1,8; 28,30-31). La Iglesia estará empeñada en el testimonio del Resucitado hasta el día que el Señor vuelva como prometieron los hombres vestidos de blanco a los apóstoles absortos mirando al cielo (1,9-11).

Aunando las perspectivas que hasta este momento hemos expuesto, nos atrevemos a sugerir una propuesta que indique la naturaleza y el objetivo teológico del libro de los Hechos. El libro constituye la historia teológica del alba del tiempo de la Iglesia: la historia de la expansión de la Buena Nueva desde Jerusalén hasta los confines de la tierra llevada a término por el impulso con que el Espíritu Santo, prometido por el Señor a los apóstoles, impele a los misioneros cristianos a sembrar la semilla del evangelio en todo el mundo, desde Jerusalén hasta Roma y desde allí hasta los confines del Orbe.

No obstante, Lucas no circunscribe su interés al deseo de plasmar una obra rica en teología y elegante desde el prisma literario. El autor busca, ante todo, la conversión del lector. Presenta ante la mirada atenta de todo cristiano el camino de la salvación: el cristiano debe guardar, siguiendo el modelo de María (Lc 2,19), la Palabra de Dios en las entretelas de su corazón para que lentamente la Palabra divina se apodere de toda su persona (Lc 4,16-22a; 5,1-11), y convierta al discípulo de Cristo (9,1-19; 10,1-48) en el misionero

ro que proclama el evangelio hasta los confines de la tierra (2,14-41; 7,1-8,1; 8,4-40; 13,16-52; 17,22-34; 28,30-31); es decir, en el sembrador de la Buena Nueva en el alma de la sociedad y en el corazón de cada persona.

A tenor de la argumentación que acabamos de exponer, ofrecemos sintética y brevemente la estructura del libro de los Hechos: mostramos como el Espíritu Santo alienta, por medio del tesón de los apóstoles, la difusión de la Buena Nueva desde las murallas de Sión hasta Roma, para proyectar después la Palabra desde la Ciudad Eterna hasta los confines de la tierra.

I. *Prólogo: 1,1-11*

La primeras líneas del relato exponen la promesa del Señor por la que enviará el Espíritu Santo a los apóstoles para convertirlos en testigos de su resurrección: “en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra” (1,8).

El episodio comienza con una breve presentación: refiriéndose a su amigo Teófilo, Lucas insinúa que el libro constituye la continuación del relato evangélico (1,1-2).

Acto seguido, el escrito lucano refiere el mandato del Señor (1,8) y recalca el inminente don del Espíritu Santo a los apóstoles (1,3-8).

El prólogo concluye con la mención de la Ascensión: el Resucitado sube a los cielos, mientras dos hombres vestidos de blanco anuncian a los apóstoles la segunda venida del Señor; al final de los tiempos (1,9-11). El relato de la Ascensión marca el comienzo del tiempo de la Iglesia: el tiempo en que la comunidad cristiana debe implicarse en el anuncio del evangelio hasta los confines de la tierra, en la espera cierta y confiada del advenimiento del Señor, al final de la Historia.

II. *La Iglesia en Jerusalén: 1,12-5,42*

El don del Espíritu, como había prometido el Resucitado (1,8), se derrama sobre los apóstoles en Pentecostés (2,1-13). Gracias a la presencia del Espíritu

Santo, los apóstoles comienzan a dar testimonio mediante la predicación y los milagros que realizan en nombre de Jesús. El texto constata como la comunidad cristiana de lengua hebrea/araméa de Jerusalén crece sin cesar, a pesar de las dificultades internas y la persecución constante de las autoridades judías. La sección se estructura en tres apartados:

1. *La primera comunidad cristiana: 1,12-2,47*

El Evangelio narra la muerte de Judas, el traidor que puso a Jesús en manos de los dignatarios judíos para que lo crucificaran (Mt 27,3-10). A petición de Pedro, la comunidad cristiana decidió elegir un discípulo para que ocupara el puesto de Judas. La comunidad presentó dos candidatos: José, apellidado Barsabás, y Matías. Después de invocar al Señor, echaron las suertes; resultó elegido Matías, quien quedó asociado al grupo de los once apóstoles (1,12-26). Según recalca Lucas, la Iglesia alcanza el número de ciento veinte personas.

Sin embargo, el centro de la sección lo constituye el don del Espíritu Santo a los apóstoles, el día de Pentecostés (2,1-13). Inflamado por el Espíritu, Pedro conmina a los judíos que se encuentran en Jerusalén a que se arrepientan y reciban el bautismo para que obtengan el perdón de los pecados y reciban el don del Espíritu Santo. Un contingente amplio de judíos, responde al envite de Pedro; aquel día se agregaron a la comunidad unas tres mil personas (2,14-41).

La sección concluye explicitando la intensa vida espiritual de la comunidad cristiana: la perseverancia en la enseñanza de los apóstoles, la unión fraterna, la fracción del pan, la comunión de bienes, el testimonio público de la fe y el tesón misionero (2,42-47).

2. *El ministerio de Pedro y Juan: 3,1-5,11*

Concluida la descripción del carisma de la primera comunidad, el relato se adentra en la vida de Pedro y Juan. El

texto lucano comienza señalando como el Señor; a través de Pedro y Juan, cura a un paralítico que pedía limosna junto a la Puerta Hermosa del Templo (3,1-11). Pedro, aprovechando la sorpresa del público expectante, expuso ante la multitud el kerigma cristiano (3,12-26).

Sin embargo, todavía estaba Pedro hablando, cuando se presentaron las autoridades judías, detuvieron a los apóstoles y los llevaron ante el Sanedrín. El tribunal judío, temeroso de la posible reacción adversa del gentío, dejó en libertad a los apóstoles, no sin antes prohibirles, con las más severas amenazas, predicar en nombre de Jesús (4,1-22). Una vez liberados, los apóstoles fueron donde estaba reunida la comunidad cristiana, dieron gracias al Señor por la gracia de la libertad, quedaron llenos del Espíritu Santo y redoblaron su afán evangelizador (4,23-31).

De pronto, la sección se adentra en la vida de la comunidad cristiana. Ensalza, de nuevo, la presencia del Espíritu en el seno de la Iglesia (4,32-35); menciona la presencia de Bernabé entre los cristianos de Sión (4,36-37); y concluye mostrando, valiéndose de la descripción del pecado de Ananías y Safira, las divisiones y la malquerencia que también cercena el ánimo de los primeros cristianos (5,1-11). El relato patentiza un hecho palmario: a pesar de las invectivas de los judíos y de las desavenencias internas, la Iglesia continúa, impulsada por el Espíritu Santo, viviendo y anunciando la Buena Nueva del Resucitado.

3. *La actividad de los apóstoles:* 5,12-42

La vida de la Iglesia, continúa describiendo el relato, no se constriñe al ministerio de Pedro y Juan, sino que se desarrolla especialmente gracias al tesón de todos los apóstoles. El relato señala que los apóstoles obraban muchos signos y prodigios (5,12a). Todos los cristianos se reunían en el Pórtico de Salomón, la estancia del Templo en la que predicaba Jesús. El pueblo les tenía en gran estima, pero, el Sanedrín, rabioso ante el creci-

miento constante de la Iglesia, hizo encarcelar a los apóstoles.

No obstante, el Señor no abandona nunca a sus elegidos; de noche, ángel del Señor abrió las puertas del presidio y sus siervos abandonaron la mazmorra para continuar anunciando el evangelio (5,17-24).

El tribunal hebreo, sin dudarle un instante, volvió a detener a los apóstoles (5,25-28). No obstante, éstos, aprovechando la ocasión, anunciaron el kerigma ante las autoridades judías (5,29-32). La valentía de los apóstoles colmó la furia del Sanedrín, pero la presencia de Gamaliel, doctor de la Ley, calmó la ira del tribunal que decidió, tras muchos titubeos, liberar a los apóstoles. Una vez en la calle, los testigos del Señor redoblaron el ánimo para proclamar, tanto en el Templo como en las casas, que Jesús es el Mesías (5,33-42).

A nuestro entender, la sección destaca dos cuestiones cruciales. Por una parte, muestra cómo la incesante persecución de las autoridades judías no sólo se muestra incapaz de acabar con la Iglesia, sino que acrecienta, en gran medida, el tesón evangelizador de los cristianos. Por otra, relaciona la tarea de los apóstoles con el ministerio de Jesús, pues el encarcelamiento y la posterior liberación de los discípulos constituyen, desde la perspectiva simbólica, una metáfora de la pasión, muerte y resurrección del Señor.

III. *De Jerusalén a Antioquía:* 6,1-12,25

Hasta ahora, el relato lucano ha puesto su atención en la expansión de la Iglesia entre los judíos de lengua hebrea/araméa. Sin embargo, la misión de la Iglesia no conoce fronteras, por esa razón el texto lucano se adentra en la tarea de la Iglesia entre los judíos de lengua griega.

La misión entre los judíos ha propiciado que se yergan dos tipos de comunidades unidas entre sí por la misma fe en el Resucitado, pero distintas en cuanto a la forma de celebrar la presencia del Señor en su seno: la comunidad judeocristiana de lengua hebrea/araméa y la judeocristiana de lengua griega. Los judeocristia-

nos de lengua griega iniciarán de modo eminente el proceso misionero que llevará más tarde la Buena Nueva a los paganos y los incorporará a la Iglesia; de su esfuerzo evangelizador nacerá la comunidad de Antioquía de Siria, asamblea constituida básicamente por cristianos de origen gentil. La sección puede estructurarse en cuatro apartados:

1. *El grupo de los helenistas:*
6,1-8,3

La inspiración de Lucas abre la sección mostrando la disputa entre los miembros de la comunidad judeocristiana de lengua hebrea/aramea y la judeocristiana de habla griega; el origen de la disputa procede de las irregularidades que se producían en la atención de las viudas. Con la intención de atajar el problema, los apóstoles eligieron a siete varones, llenos del Espíritu Santo, a quienes confiaron la acción caritativa (6,1-7).

Uno de ellos, Esteban, descollaba entre los demás por los signos y prodigios que obraba entre el pueblo. Los judíos de habla griega, indignados, lo acusaron ante los ancianos y los maestros de la Ley de blasfemar contra Moisés y contra Dios. El tribunal judío, incapaz de descubrir la falsedad y dolido de que predicara en nombre de Jesús, decidió condenarlo a muerte (6,8-15). Esteban, en el estrado del martirio, entonó un enérgico discurso ante los judíos: recordó al pueblo elegido su pertinaz indolencia para acoger el mensaje salvador de Dios. Los judíos, indignados ante las palabras del varón insigne, lo apedrearon hasta la muerte (7,1-60).

Antes de concluir, el relato se detiene en dos puntos que, a lo largo del libro, resultarán esenciales. En primer lugar, menciona la presencia de Azulo, el futuro apóstol de los gentiles (8,1.3). En segundo término, subraya que tras la muerte de Esteban se desencadenó una persecución atroz contra la Iglesia. Los cristianos, a excepción de los apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaría; ahora bien, la dispersión propició sobremanera la expansión del evan-

gelio fuera de Jerusalén, el cristianismo atravesó por primera vez los lindes de Sión (8,2).

2. *Evangelización de Samaría:*
8,4-9,31

La teología lucana comienza adentrándose en la tarea misionera emprendida por los judeocristianos de lengua griega, quienes, tras la muerte de Esteban, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaría. El relato se centra en la figura de Felipe, otro de los siete varones destinados al servicio de la caridad. Felipe empuñó su vida en la evangelización de los samaritanos, y derrotó con las armas del evangelio la artería de Simón, el mago.

Los apóstoles, admirados en Jerusalén del tesón de Felipe, enviaron a Samaría a Pedro y Juan. Ambos apóstoles anudaron los lazos entre la comunidad de Sión y la incipiente Iglesia de Samaría; confirmaron la labor misionera de Felipe; e impusieron las manos sobre los samaritanos, quienes quedaron llenos del Espíritu Santo (8,4-25). Felipe no cesó en su ímpetu misionero, pues, como señala la narración, bautizó a un eunuco, ministro de Candace (8,26-40).

Concluida la descripción de la actividad de Esteban, el empeño lucano vuelve la mirada hacia un personaje capital: Saulo de Tarso. El texto comienza enfatizando la animadversión que respiraba Saulo contra los cristianos; pero se detiene, sobre todo, en la conversión del futuro apóstol, camino de Damasco, y en el proceso catequético que, conducido por Ananías, le incorporó a la Iglesia (9,1-19a).

La sección continúa recalando la predicación de Pablo en Damasco, su relación con los apóstoles y su ministerio en Jerusalén, y señala, finalmente, la furia de los judíos contra el recién converso (9,19b-30). A modo de colofón, Lucas inserta un sumario que enfatiza el incesante crecimiento de la Iglesia impulsada por el Espíritu Santo (9,31).

La sección muestra, en nuestra opinión, el constante crecimiento de la Iglesia, fiel observante del mandato misionero-

ro que le confió el Señor (1,8). La Buena Nueva comenzó a sembrarse entre los judíos de lengua hebrea/aramea, después alcanzó el corazón de los judíos de lengua griega. La tarea de Felipe llevó el evangelio a quienes vivían en las fronteras del judaísmo (samaritanos, eunuco), y la conversión de Pablo prelude de antemano la futura incorporación de los gentiles a la comunidad cristiana.

3. *Pedro confirma a los paganos:* 9,32–11,18

De pronto, la pericia literaria de Lucas dirige la atención sobre la figura de Pedro. Narra como el apóstol curó a Eneas, en Lida, y resucitó a Tabita, en Jaffa (9,32-43).

Sin embargo, la sección hace hincapié en el proceso de la conversión de Cornelio, el primer pagano que se incorporó a la Iglesia. Cabe suponer, históricamente hablando, que los paganos ya hubieran comenzado a integrarse en la comunidad cristiana. No obstante, la hondura teológica de Lucas confiere a Pedro, el primero de los apóstoles, la primacía en la decisión de autorizar el bautismo de los paganos.

Aun así, no cabe duda de que la decisión de aceptar a los paganos requirió una sesuda reflexión en el seno de la Iglesia. Las dificultades eclesiales aparecen expresadas bajo la metáfora de la doble y coetánea visión que afectó a Pedro y a Cornelio (10,1-23a). Como resultado de la revelación divina, Pedro visitó la casa de Cornelio a la que anunció el kerigma. Todavía estaba hablando Pedro, cuando el Espíritu Santo se derramó sobre Cornelio y los de su casa; el apóstol, sobrecoído por el prodigio, ordenó bautizar a los de la casa de Cornelio (10,23b-48).

No obstante, la determinación de Pedro causó sorpresa en la comunidad judeocristiana de lengua hebrea/aramea de Jerusalén. Los apóstoles y los hermanos insignes requirieron de Pedro una explicación convincente (11,1-18). Después de escuchar la voz de Pedro, la comunidad jerosolimitana calló y alabó a Dios di-

ciendo: “¡Así que también a los paganos les ha concedido Dios la conversión que lleva a la vida!” (11,18). En definitiva, la sección certifica, bajo la decisión del Espíritu y la autoridad de Pedro, la incorporación definitiva de los paganos a la comunidad cristiana.

4. *Evangelización de Antioquía:* 11,19–12,25

El episodio referente a la conversión de Cornelio y los de su casa ratifica, bajo la autoridad de Pedro, la admisión de los paganos en la Iglesia. Ahora, el texto lucano abre definitivamente las puertas a la aceptación de los paganos (11,10–12,25). La sección presenta dos apartados, complementarios entre sí. El primero refiere los avatares que circundaron la evangelización de Antioquía de Siria (11,19-30). El segundo describe la ocasión en que Bernabé y Saulo llevaron a Jerusalén la colecta recogida entre los hermanos de Antioquía, a la vez que señala el proceso milagroso de la detención y posterior liberación de Pedro (12,1-25).

La inspiración lucana relata como algunos cristianos que huyeron de Jerusalén tras el martirio de Esteban, alcanzaron las regiones de Fenicia, Chipre y Antioquía de Siria. Al principio sólo predicaban la Palabra a los judíos, pero, rápidamente, un grupo de cristianos chipriotas y cirenenses comenzó a predicar el evangelio a los paganos. La comunidad de Jerusalén, alarmada por el suceso, envió a Bernabé a Antioquía de Siria para inspeccionar la situación. Bernabé, impresionado del éxito de la misión, llamó a Saulo para que le ayudara en el servicio de la comunidad (11,19-26).

Al cabo de un tiempo, el profeta Agabo se presentó en Antioquía requiriendo una colecta a favor de la Iglesia de Jerusalén. Bernabé y Saulo recibieron el encargo de llevar el montante a la Ciudad Santa (11,27-30). Mientras tanto, en Sión, Herodes había desencadenado la persecución contra los cristianos: hizo morir a Santiago a espada, y metió en la cárcel a Pedro, con intención de ejecutarlo.

Sin embargo, el Señor, liberó a Pedro de la mazmorra. El apóstol se dirigió a casa de María donde estaba reunida la comunidad cristiana. En aquella casa se encontró con Juan, llamado Marcos, hijo de María; el apóstol, solicitó a los cristianos de la casa de María que comunicaran su feliz liberación a Santiago y al resto de los hermanos (12,1-25).

A nuestro entender, la sección subraya tres aspectos teológicos de la Iglesia primigenia. En primer lugar, como decíamos antes, enfatiza la apertura de la Iglesia a la admisión de los paganos. En segundo término, subraya la solidaridad entre las diversas comunidades cristianas. Finalmente, asocia la figura de Pedro al ministerio de Jesús, pues el proceso que se inicia con la detención del apóstol y que concluye con su liberación milagrosa evoca, desde la perspectiva simbólica, el proceso de la muerte y resurrección del Señor.

IV. *De Antioquía a Roma:* 13,1-28,28[29]

La Buena Nueva ha calado en el corazón de los paganos, pero algunos judeocristianos de lengua hebrea/aramea sienten reticencias ante los gentiles que han abrazado el cristianismo sin someterse antes al rito de la circuncisión. El Concilio de Jerusalén zanjó las dificultades estableciendo las normas por las que debían regirse los paganocristianos en su relación con los judeocristianos, de ese modo quedaron abiertas de forma definitiva las puertas de la Iglesia a los hombres de la gentilidad.

Pablo, acompañado por varios discípulos (Bernabé, Timoteo, Silas, entre otros), se convierte en el protagonista de la misión entre los paganos. Acosado sin tregua por los judíos, emprende largos viajes para anunciar el Evangelio, hasta que, después de muchas peripecias, consigue llegar a Roma, desde donde la Iglesia podrá proclamar el evangelio hasta los confines de la tierra. La sección se subdivide, a nuestro entender, en tres apartados mayores.

1. *Evangelización de Chipre y Asia Menor:* 13,1-15,35

A tenor de nuestro criterio, la sección puede estructurarse en dos secciones menores: el viaje misionero de Pablo y Bernabé, y el Concilio de Jerusalén.

1.1. Viaje misionero de Pablo y Bernabé: 13,1-14,28

Bernabé y Saulo, decididos a proclamar el evangelio, emprenden un largo periplo: Antioquía de Siria, Seleucia, embarcados hacia Chipre desembarcaron en Salamina, atravesaron la isla hasta llegar a Pafos, después zarparon hasta desembarcar en Perge de Panfilia para llegar después Antioquía de Pisidia, a continuación alcanzaron Iconio, Listra y Derbe; cuando hubieron anunciado el evangelio en Derbe volvieron a Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia, después de atravesar Pisidia y Panfilia anunciaron la Palabra Perge, más tarde bajaron a Atalía y desde allí, viajando por mar llegaron de nuevo al punto de partida: Antioquía de Siria.

Podemos sintetizar en tres los hitos que jalonan el viaje.

En primer lugar, cabe resaltar que los apóstoles no emprenden la ruta por iniciativa propia, es el Espíritu Santo quien, por la mediación de la comunidad de Antioquía de Siria, suscita la misión de Bernabé y Saulo.

En segundo término, la tarea apostólica desemboca en la conversión de algunos judíos y de multitud de paganos.

Finalmente, la misión de Bernabé y Saulo está entretejida por la constante persecución de los judíos, pero, gracias al auxilio divino, ambos apóstoles sortean las dificultades y siembran por doquier la semilla del evangelio.

1.2. Asamblea de Jerusalén: 15,1-15,35

La admisión de los paganos, sin someterles antes al rito de la circuncisión, suscitó tensiones en el seno de las comunidades cristianas, pues, sobre todo, los cristianos judaizantes exigían que los paganos que

abrazaban la fe se adhirieran también a los principios de la ley mosaica. El conflicto requirió una reunión de los apóstoles en Jerusalén para zanjar el problema. Pablo, Bernabé, Pedro y Santiago, acompañados de algunos hermanos, se encontraron en Sión para dirimir el asunto.

Tras un intenso debate, la Asamblea de Jerusalén publicó un edicto, por boca de Santiago, que delineaba la conducta que debían observar los paganocristianos cuando se encontraran en compañía de los judeocristianos: “Es suficiente escribirles (a los paganos) que se abstengan de toda contaminación, de la idolatría, de matrimonios ilegales, de comer animales estrangulados y de la sangre” (15,20). En definitiva, la voz autorizada del Concilio de Jerusalén abrió definitivamente el corazón de la Iglesia hacia la aceptación de los paganos, sin necesidad de exigirles antes la sumisión a la Ley de Moisés, sumisión expresada mediante el rito de la circuncisión.

2. *Evangelización de Grecia:* 15,36–21,14

El Apóstol de los Gentiles emprende un largo periplo para sembrar la semilla del evangelio en tierras europeas, en Grecia; ahora bien, una intención profunda anida en el alma de Pablo: el anhelo de alcanzar Jerusalén. La sección presenta dos episodios mayores enmarcados en el segundo (15,36–18,22) y en el tercer viaje misionero que emprendió Pablo.

2.1. Segundo viaje misionero de Pablo: 15,36–18,22

Concluido el Concilio, según narra la teología lucana, Bernabé y Pablo decidieron emprender otro viaje misionero. No obstante, estalló entre ambos apóstoles la más agria disputa hasta el punto que decidieron separarse: Bernabé llevó consigo a Juan Marcos y se embarcó para Chipre, mientras Pablo, por su parte, escogió a Silas como compañero de viaje.

Pablo y Silas recorrieron Siria y Cilicia hasta alcanzar Derbe y Listra; en Lis-

tra, Pablo circuncidó a Timoteo, hijo de madre judía convertida al cristianismo y de padre pagano, y lo llevó consigo como compañero de fatigas. Los misioneros atravesaron Frigia y Galacia, cruzaron Misia hasta llegar a Tróade. Desde Tróade zarparon hacia Samotracia, fueron a Neápolis y desde allí a Filipos. Más tarde, después de abandonar Filipos, pasaron por Anfípolis y Apolonia hasta entrar en Tesalónica.

Ahora bien, los judíos no cesaban en su empeño de hostigar a los cristianos; los discípulos de Tesalónica, deseosos de proteger a Pablo de las insidias hebreas, enviaron al apóstol a Berea, desde donde alcanzó Atenas. Más tarde, Pablo abandonó la capital de la Hélade y se dirigió a Corinto, después se embarcó rumbo a Siria, acompañado de Priscila y Áquila. Se detuvo en Cencreas para cumplir un voto, después alcanzó Éfeso, donde se despidió de sus acompañantes. Desde Éfeso se desplazó a Cesarea, aprovechó la ocasión para visitar a los hermanos de Jerusalén; finalmente desde las puertas de Sión regresó a Antioquía de Siria.

De nuevo podemos enumerar tres notas teológicas que configuran el viaje.

El texto relata, valiéndose de la disputa entre Bernabé y Pablo, las disensiones que estallaban en el seno de la primitiva Iglesia; pero, conviene notar que las disputas por duras que fueran no conseguían quebrar la integridad de la Iglesia.

En segundo término, el texto relata el tesón misionero de Pablo sin dejar de mentar las continuas envidias y persecuciones que su misión ocasionaba entre los judíos.

Finalmente, el texto subraya la habilidad evangelizadora de Pablo entre los paganos, haciendo hincapié, principalmente en el discurso del apóstol ante los filósofos de Atenas.

2.2. *Tercer viaje misionero de Pablo:* 18,23–21,14

Tras pasar un tiempo en Antioquía de Siria, Pablo emprendió de nuevo la ruta

del evangelio. Recorrió Galacia y Frigia hasta alcanzar Éfeso. Mientras estaba en Éfeso, los fabricantes de ídolos, preocupados por la merma de su negocio, se sublevaron contra los cristianos. Apaciguado el tumulto, Pablo abandonó Éfeso para dirigirse a Macedonia, después llegó a Grecia, donde pasó tres meses.

Sin embargo, cuando los judíos tramaron una conjura contra él, determinó volverse a Macedonia, zarpó de Filipos y desembarcó en Tróade. Más tarde, se desplazó hasta Aso, donde embarcó hacia Mitilene, de allí, por mar, llegó con sus compañeros a la altura de Quío, costeó Samos hasta llegar a Mileto, donde dirigió un discurso memorable a los responsables de la comunidad de Éfeso. Zarpó de Mileto para dirigirse a Cos, al día siguiente alcanzó Rodas y de allí arribó a Pátara. Allí embarcó en una nave que se dirigía a Fenicia, navegó hacia Siria y atracó en Tiro; desde la ciudad portuaria navegó hasta Tolemaida, después puso los pies en Cesarea donde se encontró con Felipe y recibió la visita del profeta Agabo. Ahora bien, el corazón de Pablo albergaba el mayor interés en alcanzar los umbrales de Sión.

En analogía con las secciones anteriores, podemos destacar tres aspectos teológicos que se entrelazaron con el periplo de Pablo.

En primer lugar, conviene señalar el encuentro con los discípulos de Juan, el Bautista; cabe señalar que los discípulos del Bautista habían echado raíces en Oriente, Pablo les explicó la verdad del evangelio, los bautizó en nombre de Jesús y les impuso las manos para que recibieran el Espíritu Santo.

En segundo término, la estancia de Pablo en Éfeso y la revuelta de los orfebres recalca la falsedad de la idolatría al contraluz de la verdad salvadora de la Buena Noticia.

En tercer lugar, descuella el discurso de Pablo a los ancianos de Éfeso: el apóstol recuerda su inquebrantable fidelidad al evangelio, anuncia las penurias que le aguardan en el camino evangelizador, y conmina a los responsables de la Iglesia

efesina a no escatimar esfuerzos en favor de la comunidad y la difusión de la Palabra.

3. *De Jerusalén a Roma:* *21,15–28,28[29]*

La llegada a Jerusalén marca el inicio del largo periplo, el cuarto gran viaje, que llevará a Pablo hasta Roma. La sección puede dividirse en tres apartados, circunscritos a las vicisitudes del viaje: la estancia en Jerusalén (21,15–23,30), la residencia en Cesarea (23,31–26,32), y el viaje hasta Roma (27,1–28,28[29]).

3.1. *Jerusalén: 21,15–23,30*

Pablo, tras escuchar de labios del profeta Agabo las adversidades que le aguardaban en Sión, decidió emprender el camino hacia la Ciudad Santa. Acompañado por algunos discípulos de Cesarea, Pablo y sus compañeros se hospedaron en casa de Nasón, y al día siguiente se presentaron en casa de Santiago. La comunidad cristiana reunida en torno a Santiago, sugirió a Pablo una estrategia para pisar los atrios de Jerusalén sin padecer por ello la inquina de los judíos.

A pesar de todas las precauciones que tomó, los judíos al verle en el Templo le acusaron falsamente de haber introducido un pagano en el recinto sacro. Los hebreos enfurecidos comenzaron a linchar al apóstol. La providencia quiso que Lisias, comandante romano, consiguiera liberar a Pablo de las zarpas de los judíos. El dirigente romano, interesado en aclarar los sucesos que habían desembocado en la vesania contra el apóstol, lo condujo ante el Sanedrín. El encuentro con el tribunal no esclareció en modo alguno el percance; entonces, Lisias, temeroso de una conjura de los judíos, decidió llevar a Pablo ante el gobernador romano, Félix, que residía en Cesarea.

La estancia en Jerusalén revela tres aspectos significativos del ministerio paulino.

En primer lugar, como tantas veces le sucedió a Pablo en el ejercicio de su ministerio, los judíos se soliviantaron contra él.

En segundo término, el apóstol, aprovechando las ocasiones y haciendo uso de su habilidad oratoria, volvió a anunciar el kerigma cristiano a los judíos.

En último término, conviene observar como la agresión judía provocará indirectamente que los romanos tengan que proteger a Pablo, ciudadano romano, con lo que allanarán, sin saberlo, el camino para que la voz del evangelio pueda resonar en Roma, y desde allí llegue a extenderse hasta los confines de la tierra.

3.2. *Cesarea: 23,31–26,32*

Lisias ordenó que un fuerte contingente militar escoltara a Pablo hasta Cesarea, la residencia del gobernador, Félix. La tropa hizo noche en Antípatris, por la mañana alcanzó Cesarea; el gobernador mandó custodiar al apóstol en el palacio de Herodes.

Los judíos, cegados por la rabia, iniciaron un proceso judicial contra Pablo en el tribunal de Félix. En su turno de defensa, el apóstol, haciendo uso de su pasión por la Buena Nueva, aprovechó de nuevo el momento para anunciar con el mayor arrojo, ante los judíos y en presencia de las autoridades romanas, su certeza inquebrantable en la resurrección de los muertos. Pablo, más tarde, tampoco titubeó un instante en su empeño de predicar el evangelio ante Félix y su esposa Drusila, de origen judío.

Al cabo de un tiempo, el gobernador Félix fue sucedido en el cargo por Porcio Festo. Harto de las insidias de los judíos y del desdén de los romanos, Pablo apeló al tribunal del César en Roma; el apóstol, como había sucedido en otras ocasiones, hizo uso de la prerrogativa que le confería la ciudadanía romana.

Porcio Festo, deseoso de congraciarse con los dignatarios judíos, hizo comparecer a Pablo entre Agripa, el rey títere sostenido por Roma, y su esposa Berenice. Pablo, sin dudarle un instante, se valió de la comparecencia para anunciar la Buena Noticia ante los nobles judíos. Acabado el discurso, el gobernador romano se vio en la necesidad de remitir al apóstol ante el tribunal del César.

La sección hace aflorar dos cuestiones que, como hemos podido apreciar, constituyen una constante en la misión paulina.

Por una parte, destaca el constante auxilio con que los romanos defienden al apóstol de las intrigas de los judíos; como decíamos antes, la protección romana favorece, en gran medida, el camino de la Palabra hacia la Ciudad Eterna.

Por otra, es necesario destacar, como es habitual, la firmeza del apóstol que no deja escapar contingencia alguna para proclamar la Buena Nueva.

3.3. *Camino de Roma: 27,1–28,28[29]*

Porcio Festo no puede diferir más la estancia de Pablo en Cesarea. Encarga a un centurión de la legión Augusta, Julio, la custodia de Pablo en su viaje hasta Roma. El centurión embarca al apóstol junto con una cuerda de presos en una nave de Adramitio; acompañan a Pablo algunos discípulos.

Cuando el navío atracó en Sidón, Julio, haciendo uso de su magnificencia, permitió que Pablo visitara a unos amigos para recibir algunos cuidados. Cuando el apóstol regresó a la nave, zarparon hacia Chipre, atravesaron el mar de Cilicia y Panfilia hasta llegar a Mira de Licia; desde allí, embarcados en un barco alejandrino, llegaron con dificultad frente a Gnido. El mar comenzó a embravecerse sin medida, costearon Creta por el cabo Salmón hasta llegar a Buenos Puertos, cerca de la ciudad de Lasea.

Desde allí, costearon el litoral de Creta, navegaron a sotavento de Cauda; por miedo de encallar en la Sirte, soltaron la boya y se dejaron ir a la deriva. En la decimocuarta noche de deriva por el Adriático y estando cerca de tierra, la nave encalló en un banco de arena; la tripulación y los pasajeros pudieron salvarse, pues llegaron a nado hasta la isla de Malta.

Transcurridos tres meses en Malta, el apóstol y sus compañeros embarcaron en una nave alejandrina hasta que llegaron a Siracusa. Desde allí fueron costearo

hasta Regio y después a Pozzuoli, donde Pablo se encontró con los hermanos que habían acudido a recibirle desde Roma. El apóstol, acompañado por sus discípulos y escoltado por cristianos romanos, emprendió el último tramo que habría de conducirle a la Ciudad Eterna. Cuando alcanzaron el Foro Apio y Tres Tabernas, la comunidad romana salió a recibir al apóstol con alegría desbordante.

Las autoridades romanas permitieron que Pablo pudiera vivir en Roma en una casa particular, custodiado por un soldado. Más que una estancia, la casa se convirtió en un lugar de evangelización. El apóstol convocó a los dirigentes judíos; pero, lamentablemente, sus hermanos hebreos desdeñaron el anuncio de la Buena Nueva. Pablo, dolido por la reacción de sus hermanos de raza, pronunció una sentencia memorable: “Sabed, pues, que esta salvación de Dios ha sido ofrecida a los paganos; ellos sí la escucharán” (28,28).

A nuestro entender, el ministerio de Pablo trasluce tres aspectos teológicos emblemáticos.

En primer lugar, como apreciábamos en la sección anterior, la custodia romana constituye, indirectamente, la mejor garantía para que la voz del evangelio pueda propagarse hasta Roma.

En segundo término, las peripecias de Pablo durante la travesía constituyen, desde la perspectiva simbólica, la metáfora de la muerte y resurrección del Señor; de ese modo, el relato lucano asimila, una vez más, la vida del discípulo a la grandeza de su Señor.

En último lugar, la pluma de Lucas enfatiza que una vez agotados todos los intentos de propiciar la conversión de los judíos, el apóstol decide, con toda legitimidad, dedicarse plenamente a la evangelización de los paganos.

V. Epílogo: 28,30-31

Pablo ha llegado a la Ciudad Eterna. Desde allí la Palabra del Señor, gracias al impulso del Espíritu Santo, podrá extenderse hasta los confines de la tierra, co-

mo había anunciado el Resucitado a los apóstoles reunidos en el cenáculo (1,8).

Como acabamos de apreciar, el libro de los Hechos constituye la historia teológica que narra los grandes hitos a través de los que la comunidad cristiana, impulsada por el Espíritu Santo y obedeciendo al mandato de Jesús, predicó el evangelio desde Jerusalén hasta Roma, y desde allí comenzó a extenderlo hasta los confines de la tierra.

5. El libro de los Hechos de los Apóstoles en la vida y misión de la Iglesia

El palpito de la misericordia que anida en los escritos lucanos ha constituido el detonante que ha movido el corazón de muchos cristianos a la vivencia orante y comprometida de la fe.

Orígenes, Efrén, Dídimo de Alejandría, Teodoro de Mopsuestia y Cirilo de Alejandría escribieron comentarios al libro de los Hechos. Sin embargo, de su vasta obra tan sólo restan algunos fragmentos guardados en el cofre literario de quienes les sucedieron en la tarea de pastorear la Iglesia e iluminar su camino con la antorcha de la teología.

La Edad Antigua ha legado a la comunidad cristiana comentarios de autores insignes: la Iglesia griega alumbró la figura de Juan Crisóstomo († 407), la latina, la personalidad de Beda el Venerable († 735), y la comunidad Oriental vio como brillaba el aura de Ischo'dad de Merv (siglo XI).

Cabe destacar el ciclo de cuarenta y cinco sermones de Juan Crisóstomo sobre los Hechos, y los ocho que escribió sobre el comienzo del libro y acerca de la cuestión concerniente a la sustitución del nombre de Saulo por el de Pablo. Conviene recalcar también las homilías de Agustín y el poema alegórico de Arator sobre los Hechos de los Apóstoles.

Los teólogos medievales no fueron a la zaga de los antiguos. Entre los occidentales, destacan Pedro Lombardo, Ste-

phen Langton y Alejandro de Hales. Los orientales están representados por la pluma de Teofilacto de Acrida y Dionisios bar Salibi, entre otros muchos.

Durante la reforma católica y protestante, el libro de los Hechos adquirió enorme relieve por lo que concierne a los acontecimientos que jalonaron la vida de la Iglesia primitiva. Erasmo, Cayetano, Calvino, Teodoro de Beza y Bullinger, entre otros, comentaron el libro de los Hechos con la intención de escudriñar los entresijos de la Iglesia primigenia.

A lo largo del siglo XIX el libro de los Hechos fue objeto de las más serias disputas entre los intelectuales que debatían la cuestión referente a los orígenes del cristianismo. Numerosos comentaristas ahondaron en el estudio de las fuentes históricas de las que pudo valerse Lucas para redactar el libro de los Hechos. Otros trataron de aislar las unidades menores (discursos, citas, relatos de milagros, apariciones) para determinar el ambiente teológico y sociológico donde Lucas pudo haber compuesto el conjunto Evangelio-Hechos.

La perspectiva de los estudiosos fue decantándose hacia el aspecto historiográfico que late en el libro de los Hechos, pero actualmente la mayoría de los autores contempla el libro desde la perspectiva teológica y, como hemos expuesto, percibe en el fondo del libro de los Hechos la historia teológica de los comienzos del tiempo de la Iglesia.

El arte cristiano también ha sabido plasmar en el lienzo y entresacar de la piedra muchas escenas del libro de los Hechos: la Ascensión del Señor, el prodigio de Pentecostés, la grandeza de Pedro y Pablo, la conversión de Saulo y su prisión en Roma, entre otros temas.

Tanto los comentarios como las homilias y las obras nacidas de la intuición de los artistas abordan el contenido del libro de los Hechos, pero también desarrollan los puntos esenciales de la teología: el camino de salvación que la obra lucana ofrece a la meditación del lector;

el Espíritu Santo como don del Resucitado a todo aquel que decide emprender la senda de la conversión; las grandes figuras de los apóstoles y los cristianos ilustres como modelos para todo seguidor del Evangelio; la actuación liberadora de Jesús hacia los destinatarios privilegiados de la salvación: los pecadores, los pobres, los samaritanos, las mujeres, los paganos, los judíos; la alegría cristiana; la figura de María como imagen de la Iglesia y modelo eminente para todo cristiano que decida adentrarse por la senda de la Buena Nueva.

La liturgia católica celebra la hondura teológica y la esbeltez literaria del libro de los Hechos. El tiempo pascual contempla la lectura continua y casi completa del libro. Algunos episodios son proclamados en la vigilia de Navidad, el día de la Ascensión, la solemnidad de Pentecostés, y las fiestas dedicadas a María. Los rituales de la Iniciación cristiana, de la Confirmación, y los que están dedicados al sacramento del Orden, a la bendición de abades y abadesas, y a la consagración de vírgenes, ofrecen lecturas del libro de los Hechos, especialmente referidas al Espíritu Santo.

Cuando la comunidad hace memoria de los santos, reza por los cristianos perseguidos, ora por la difusión del Evangelio y recuerda el dolor de los enfermos, también proclama la Palabra que anida en el libro de los Hechos; pues la Iglesia sabe, con la mayor certeza, que es el Espíritu Santo quien la impele a dar testimonio del Resucitado hasta los confines de la tierra para la salvación de la humanidad entera (Taylor, *Comentario*, 1376).

6. Profundización y estudio

La "Guía de lectura" ahondará en el contenido teológico y en la textura literaria del libro de los Hechos. Aun así, acabadada esta breve Introducción, nos atrevemos a sugerir al lector que profundice en las cuestiones generales que enmarcan el mensaje del libro de los Hechos de los Apóstoles.

Como hemos expuesto, la obra de Lucas abraza el Tercer Evangelio y los Hechos; desde esa perspectiva sugerimos al lector cuatro lecturas que le permitan acrisolar y ampliar la información.

a. A nuestro entender es conveniente que el lector se atreva a leer de forma continúa el conjunto formado por el evangelio de Lucas y los Hechos de los Apóstoles; también resulta muy útil leer con detenimiento la introducción que las diversas ediciones de la Biblia presentan sobre la obra lucana.

b. Recomendamos la lectura de alguna introducción general al evangelio de Lucas; proponemos: Gómez-Acebo, I., *Guías de lectura del Nuevo Testamento: Lucas*, Verbo Divino, Estella 2008.

c. Creemos que conviene leer con detenimiento alguna introducción general que presente algún comentario al libro de los Hechos; recomendamos, Fitzmyer, J.

A., *Los Hechos de los Apóstoles, vol. I (Hch 1,1-8,40)*, Sígueme, Salamanca 2003.

d. Es muy recomendable la lectura de alguna introducción global a la obra lucana: Evangelio-Hechos; en nuestra opinión, creemos que contiene una excelente aproximación: Aguirre Monasterio, R. y Rodríguez Carmona, A., *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles*, Verbo Divino, Estella 1992.

7. Nota bibliográfica

Con el propósito de obtener la mayor concisión, a lo largo de la “Guía de lectura” citamos los libros de forma abreviada. Ejemplo: Arens, E., *Asia Menor en tiempos de Pablo, Lucas y Juan*, El Almendro, Córdoba 1995, pp. 186-190. Cita: Arens, *Asia Menor*, pp. 186-190. Las citas referentes a los artículos figuran con todos los requisitos bibliográficos.

I

Prólogo: Hch 1,1-11

*“Vosotros [...] seréis mis testigos en Jerusalén,
en toda Judea, en Samaría, y hasta los confines de la tierra.”*

Hch 1,8

El prólogo y el epílogo son piezas capitales de toda obra literaria por dos motivos principales. Por una parte, el prólogo esboza el contenido temático que desarrollará la trama del relato; y, por otra, el epílogo constata como el decurso de la narración ha alcanzado el objetivo insinuado en el prólogo.

El prólogo del libro de los Hechos (1,1-11) establece que los discípulos, gracias al don del Espíritu Santo, se convertirán en testigos del Resucitado “en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra” (1,8).

El cuerpo del libro (1,13–28,29) desarrolla el proyecto trazado en el prólogo. Muestra como los predicadores de la Buena Nueva proclaman la Palabra del Señor en Jerusalén (2,14-41; 3,12-26; 4,8-12; 5,29-32; 6,7–7,60), en toda Judea y en Samaría (8,1-40), a la vez que señala como, lentamente, la voz del Resucitado va extendiéndose hacia los confines de la tierra, metáfora de la proclamación de la Buena Nueva a los gentiles (9,1–28,28).

El epílogo, finalmente, certifica que el objetivo trazado en el prólogo ha alcanzado la meta, la Palabra de Dios ha llegado a Roma y desde allí podrá extenderse a todas las naciones del Orbe (28,30-31).

La pluma de Lucas, profunda y brillante, reviste el contenido del prólogo de la mayor hondura teológica y de la más elegante textura literaria. Como corres-

ponde a la sensibilidad retórica y espiritual, Lucas comienza presentando la obra que ha salido de sus manos: por una parte establece la relación del libro de los Hechos con el Evangelio, y por otra, como hiciera con el Tercer Evangelio, dedica el libro de los Hechos a su amigo, Teófilo (1,1-2; cf. Lc 1,1-4).

Acto seguido, subraya como el Resucitado confirió a los discípulos la misión de anunciar el evangelio a toda la humanidad (1,8b), y como les prometió el auxilio del Espíritu Santo para poder llevar a cabo la tarea (1,8a). A modo de corolario y sólo con un apunte sucinto, Lucas recoge el misterio de la Ascensión del Señor (1,9-11) para subrayar que la misión evangelizadora que acaba de comenzar durará hasta el final de los tiempos, cuando Jesús, que ahora acaba de subir al cielo, vuelva a presentarse entre los hombres.

Hch 1,1-2:

Presentación y dedicatoria

1. Lectura

¹Ya traté en mi primer libro, querido Teófilo, de todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio ²hasta el día en que subió al cielo*, después de haber dado sus instrucciones bajo la acción del Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido.

v. 2: El texto Occidental no menciona la Ascensión en este lugar.

2. Visión panorámica

Como exponíamos en la Introducción, la obra de Lucas abarca el Tercer Evangelio y los Hechos de los Apóstoles. Lucas colocó al principio del Evangelio una presentación de la obra y una dedicatoria dirigida a Teófilo (Lc 1,1-4). Ahora, al inicio del libro de los Hechos (1,1-2), sitúa otra presentación y mantiene la dedicatoria a Teófilo.

La técnica literaria de colocar una presentación seguida de una dedicatoria al inicio del libro asemeja la obra de Lucas a las composiciones de la antigüedad. Los autores incluían una presentación y también una dedicatoria al comienzo de sus escritos para rendir homenaje a algún personaje importante, generalmente quien sufragaba el libro y alentaba su difusión. Adoptando este procedimiento, Lucas, como escritor elegante, engarza el estilo narrativo de los Hechos con las peculiaridades editoriales de la literatura antigua.

Sin embargo, el objetivo de la presentación y la dedicatoria lucana trasciende las pretensiones propias de los literatos. La intención que late en el fondo de la presentación del Evangelio (Lc 1,1-4) radica en el deseo de conferir “solidez” a la enseñanza transmitida a lo largo de la Buena Nueva (Lc 1,5-24,49). La semejanza entre la presentación que contiene el Evangelio y la que figura en de los Hechos subraya la solidez de la enseñanza contenida en el libro de los Hechos con el mismo énfasis con que se presentaba la solvencia del mensaje evangélico.

El término “solidez” (Lc 1,4) no indica tan sólo la buena transmisión de la enseñanza, enfatiza, sobre todo, que el mensaje ha conservado todo su valor liberador para el hombre que lo lee con los ojos de la fe. Lucas, en sus escritos, no sólo desea ofrecer información, pretende, básicamente, transmitir el sentido redentor de la Buena Nueva que Jesús confió a los apóstoles.

Debemos precisar, todavía, otro matiz literario. El Tercer Evangelio, como po-

demostramos constatar, abre sus páginas con la presentación de toda la obra a la vez que inserta la mención de la entrañable dedicatoria a Teófilo (Lc 1,1-4), y concluye su proclama con el epílogo que narra la despedida de Jesús (Lc 24,50-53). De modo análogo, el libro de los Hechos comienza con la presentación y la dedicatoria a Teófilo (1,1-2), y concluye con el epílogo que expone la tarea de Pablo durante su cautiverio en Roma (28,30-31).

3. Lectura acompañada

El sujeto de la expresión verbal “traté” se refiere a Lucas, y el contenido del “primer libro” alude al Tercer Evangelio; de ese modo el texto delata que Lucas es el autor del Evangelio y también del libro de los Hechos de los Apóstoles. Como hemos observado, tanto la presentación y la dedicatoria que figuran al comienzo del Evangelio (Lc 1,1-4) como las que figuran al comienzo de los Hechos (Lc 1-2) citan a Teófilo (Lc 1,3; Hch 1,2) y, como también hemos precisado, tanto la presentación como la dedicatoria asocian el texto lucano con el estilo propio de la literatura antigua.

Aun así, cabe intuir tras la alusión a Teófilo el latido de la pretensión teológica de Lucas. El patronímico *Teófilo* hunde su raíz en la lengua griega, es el resultado de la combinación de dos palabras: *Teos* que significa *Dios*, y *filos* que personifica la identidad del “buen amigo”. El término *Teófilo*, “el amigo de Dios”, sintetiza, desde el imaginario poético, el objetivo del evangelio: el deseo de convertir al lector en “amigo de Dios”.

La intención del libro de los Hechos, como la del Evangelio, no se agota en el deseo de ofrecer al lector alguna información acerca de Jesús y de la primera Iglesia. Lucas anhela convertir al lector en “amigo de Dios”, quiere transformarlo en un cristiano fiel a la voluntad del Señor.

Así como la presentación y la dedicatoria (1,1-2) desvelan la intención lucana de transformar al lector en amigo de Dios; el epílogo, mencionando la activi-

dad de Pablo, describe la identidad del amigo veraz del Señor: “Pablo [...] en una casa alquilada [...] podía anunciar el reino de Dios y enseñar cuanto se refiere a Jesucristo, el Señor, con toda libertad y sin obstáculo alguno” (28,30-31). La amistad con el Señor no se reduce al puro sentimentalismo, requiere el compromiso palpable de anunciar, con libertad de espíritu, la vida nueva que Jesús ofrece a la humanidad entera.

El patronímico *Teófilo* expresa, como acabamos de mentar, la intención de la obra lucana, pero también denota la actitud que debe anidar en el alma de quien se aproxima desde la perspectiva creyente a la lectura de la Palabra.

El libro de los Hechos es, sin duda alguna, una obra significativa de la literatura antigua, pero para un cristiano el valor del libro trasciende la esbeltez estilística. El cristiano percibe en el fondo literario el palpito divino que le llama al compromiso evangélico, y precisamente de ahí despierta la segunda alusión poética del término “Teófilo”: todo cristiano aparece oculto bajo la palabra “Teófilo”, pues cada cristiano es el “amigo de Dios” cuya vida estriba en ahondar en la amistad con el Señor a lo largo de toda su vida. La lectura de los Hechos, al unísono con el Tercer Evangelio, también impele al cristiano a profundizar con tesón renovado en la vivencia de la Palabra.

Como vemos, la presentación y la dedicatoria no constituyen un cuerpo banal, ni son el aderezo que endulza el comienzo del libro, pues, en relación con el epílogo (28,30-31), tanto la presentación como la dedicatoria a Teófilo expresan la intención teológica del relato.

Ahora bien, la presentación y la dedicatoria no se contentan con citar, bajo el contenido poético del patronímico “Teófilo”, el simple “deseo” de convertir al lec-

tor en “amigo de Dios”, sino que señalan, desde la panorámica literaria, los mojones de la ruta que acrece la amistad del cristiano con el Señor que le llama a seguirle.

En ese sentido, la presentación remite a lo que Jesús “hizo” y “enseñó” durante toda su vida: “desde el principio hasta el día en que subió al cielo” (1,2; cf. 1,22a; Lc 24,51); pero también enfatiza que las enseñanzas y hechos de Jesús no se reducen a simples consejos, son las “instrucciones” que Jesús dio a los apóstoles. La “amistad con Dios” no la alcanza el lector que sólo admira la grandeza de la vida de Jesús, sino aquel que pone en práctica las “instrucciones” que el Señor confió a los apóstoles (1,1.8; cf. Mt 28,19-20).

Ahora bien, si el contenido de la presentación se detuviera en este aspecto, la vida cristiana quedaría reducida a la ascesis personal de quien busca con denuedo la amistad con Jesús. Con la intención de soslayar este planteamiento tan estrecho, el texto menciona en este lugar la acción del Espíritu Santo (1,2; cf. Lc 24,49). La referencia al Espíritu no alude a la fuerza con que Dios que impulsa al cristiano a poner en práctica la vivencia de la Palabra redentora, como si Dios se limitara a empujar al ser humano para desentenderse después del camino que emprende.

El Espíritu Santo es la misma presencia de Dios que lleva al hombre de la mano por la ruta evangélica. Debemos añadir, como refiere el mismo texto, que cuando el ser humano se sabe conducido por Dios deja de ser un individuo anónimo para convertirse en alguien que el Señor “ha escogido”, en el mismo sentido en que antaño el mismo Señor escogiera a los apóstoles para anunciar el evangelio (1,2; cf. Lc 6,13).



Estudio, reflexión y oración

a. La intención pedagógica de la Guía estriba en propiciar la máxima implicación del lector; por eso, intenta sintetizar el contenido teórico de la exposición. Podrías comparar la presentación y la dedicatoria del Evangelio (Lc 1,1-4) con la que aparece en el libro de los Hechos (1,1-2).

b. Lectura: Lc 1,11; 24,49-51; Mc 16,19. Guijarro, *La Buena Noticia de Jesús*, 69-79. S. Guijarro, “La articulación literaria del libro de los Hechos”, *EstBi* 62,2 (2004) 185-204. Gómez-Acebo, *Lucas*, 11-32.

c. Algunos libros del AT también comienzan con una presentación del autor o del traductor; haz un esfuerzo para leer la del Eclesiástico (Eclo, Prólogo 1-35), y la del Segundo libro de los Macabeos (2 Mac 2,19-32).

d. Oración. La presentación y el prólogo introducen al lector en el libro de los Hechos, también el Sal 1 prepara el espíritu del orante para penetrar en la espiritualidad del Salterio. Acércate al Sal 1 para pedir al Señor que te ayude a entender el mensaje salvador del libro de los Hechos.



Sentido del término “solidez”. Jenofonte (*Memorabilia* IV 6,15) asocia el término “solidez” a la verdad objetiva, mientras Epicteto (*Dissertationes* II 13,7) lo refiere, desde el prisma jurídico, a la verdad subjetiva.

A lo largo del NT, el grupo de palabras que pueden traducirse bajo el término solidez (x15) se encuentran, predominantemente, en la obra lucana (x8). El vocablo indica el ancla segura que sujeta la nave (Hch 6,19); la fuerza con que los soldados prenden a Jesús (Mc 14,44); la entereza con que los guardas vigilan el sepulcro de Cristo (Mt 27,64-66); la seguridad con que se sella la cárcel (Hch 5,23; 16,23); la decisión de asegurar los pies en el cepo (Hch 16,24). Pedro exhorta a los judíos que le escuchan para que tengan la certeza (solidez) de que Dios ha constituido Señor y Mesías a Jesús (Hch 2,36). La palabra “solidez” alude, en el NT, a todo lo que está bien fundamentado pero, principalmente, delata aquello que tiene valor salvífico. De ese modo la solidez de la enseñanza que Lucas menciona en el prólogo del Evangelio (Lc 1,3), la misma que supone en el prólogo de los Hechos (Hch 1,1-2), no se refiere sólo a la buena transmisión literaria de la tradición, sino, sobre todo, a la fuerza liberadora que contiene el mensaje de Jesús.

Hch 1,3-8: Despedida de Jesús

1. Lectura

³Después de su pasión, Jesús se les presentó con muchas y evidentes pruebas de que estaba vivo, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios.

⁴Un día, mientras comían juntos, les ordenó:

–No salgáis de Jerusalén; aguardad más bien la promesa que os hice de parte del Padre; ⁵porque

Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo dentro de pocos días.

⁶Los que lo acompañaban le preguntaron:

–Señor, ¿vas a restablecer ahora el reino de Israel?

⁷Él les dijo:

–No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder. ⁸Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra.

2. Visión panorámica

El contenido de 1,3-8 constituye la continuación de la presentación y la dedicatoria, pues el texto no encabeza un nuevo ciclo narrativo sino que repite, a modo de resumen, algunas escenas del evangelio. Podemos apreciar la continuidad entre 1,1-2 y 1,3-8 mediante dos matices narrativos.

En primer lugar, la locución “mi libro” (Lc 1,1), contenida en la presentación, se refiere al mensaje del Tercer Evangelio, mientras el relato de la “despedida de Jesús” (1,3-8) presente en el “segundo libro”, los Hechos de los Apóstoles, reitera la Ascensión del Señor; descrita ya en el “primer libro”, el evangelio de Lucas (Lc 24,50-53); por tanto, el contenido de 1,6-8 constituye otra forma con la que Lucas alude de nuevo a sucesos narrados ya en “el primer libro”, el Tercer Evangelio.

En segundo término, los apóstoles que Jesús había escogido son los beneficiarios

de las apariciones del Señor; observemos que el vocablo “apareciéndoseles” (1,3) alude a la palabra “apóstoles” (1,2) como sujeto. Nos hallamos, pues, ante la continuación del prólogo del libro.

3. Lectura acompañada

Lucas especifica que los acontecimientos que va a narrar sucedieron después de la pasión de Jesús (cf. Lc 22-23), con lo que recalca dos aspectos cruciales. En primer lugar, subraya que la identidad de Jesús continua siendo la misma después de la resurrección; es decir, la persona que resucita, Jesús, es la misma que sufrió la pasión y la muerte. En segundo término, sugiere que la “nueva vida” del Resucitado es distinta de la que tenía cuando predicaba en Palestina acompañado de sus discípulos, pues durante su ministerio Jesús “iba” con sus discípulos, mientras que ahora se les “aparece”.

Mediante un ejemplo, ahondemos en el significado de la “nueva vida” de Jesús en contraposición al tipo de vida que mostraba en Palestina antes de la resurrección. El evangelio de Juan narra la ocasión en que Jesús resucitó a Lázaro (Jn 11,1-44). La identidad de Lázaro es la misma, tanto cuando vivía en Betania como después de que Jesús lo hubiera resucitado, y el tipo de vida de la que disfrutaba Lázaro antes de morir era la misma que experimentó después de la resurrección.

Sin embargo, la resurrección de Jesús difiere en un aspecto capital de la resurrección de Lázaro. Si bien la identidad de Jesús es la misma antes y después de resucitar, la nueva vida de Jesús tras la resurrección es distinta de la vida que gozaba antes de morir, pues la nueva vida aparece bajo la iluminación del destello refulgente de los dos hombres que reciben a las mujeres junto a la puerta del sepulcro (Lc 24,4). Cuando el libro de los Hechos enfatiza que Jesús “estaba vivo” (1,3) no alude a la vida del Maestro que los apóstoles conocieron en Palestina, sino a la “nueva vida” (cf. Lc 24,4,5; Rom 14,9; Ap 1,18) del Señor resucitado.



El Espíritu Santo no es la fuerza de Dios, sino la presencia del mismo Dios en el ser humano que le impulsa a vivir con radicalidad el Evangelio (Lc 1,35; 24,49; Hch 1,8; 10,38; Rom 15,13.19; 1 Cor 2,4-5; 1 Tes 1,5; Heb 2,4).

El Espíritu concede el perdón de los pecados (2,38), y es quien dispone el regalo de los carismas que corresponden a cada cristiano para que pueda predicar la Buena Nueva (1 Cor 12,4-11).

El Espíritu Santo confiere el don de lenguas (2,4), la capacidad de obrar milagros (10,38), el espíritu de profecía (11,27; 20,23; 21,11), la sabiduría (6,3.5.10), la firmeza ante la adversidad (4,8.31; 5,32; 6,10; Flp 1,19), y la valentía para dar testimonio del Señor (Mt 10,20; Jn 15,26; Hch 1,8; 2 Tim 1,7).

Interviene de forma decisiva en todo lo que atañe a la expansión de la Iglesia: la aceptación de los gentiles (10,19.44-47; 11,12-16; 15,8.28), el decreto del Concilio de Jerusalén (15,28), la evangelización de los paganos (13,2-14,28; 16,6-7).

La narración recalca que los destinatarios de las apariciones fueron exclusivamente los apóstoles. En ese sentido Hch 1,3 reduce sensiblemente el número de destinatarios de la resurrección que figura en 1 Cor 15,5; el texto paulino amplía los testigos de la resurrección hasta alcanzar la suma de más trescientos hermanos. La intención de Lucas es clara. El libro de los Hechos ofrece una historia teológica de la aurora de la Iglesia naciente.

Como sabemos, los albores de la cristiandad estuvieron rasgados por la navaja de numerosas herejías, por eso Lucas establece que los depositarios de las instrucciones del Señor (1,2) son, únicamente, los apóstoles (1,2.3), con lo cual rechaza implícitamente la pretensión de legitimidad de las comunidades que rompieron con la tradición apostólica. A tenor del planteamiento de la teología lucana, sólo es legítima la Iglesia que reposa sobre el testimonio de los apóstoles.

La única ocasión donde el NT establece en un período de cuarenta días el tiempo que transcurre entre la resurrección y la ascensión figura en 1,3; mientras 13,31 afirma que Jesús se apareció “durante muchos días”, y Lc 24,50-52 parece sugerir que la ascensión tuvo lugar el mismo día de la resurrección, por la tarde. Evidentemente, el número “cuarenta” está henchido de carácter simbólico.

El evangelio relata que Jesús permaneció cuarenta días en el desierto antes de comenzar su ministerio (Lc 4,2). La simbología del texto no alude a “cuarenta días” cronológicos. El número “cuarenta” recalca que Jesús se “preparó concienzudamente” para llevar a cabo su misión. De la misma manera que Jesús se “preparó concienzudamente” en el desierto para anunciar el Reino de Dios, también ahora el Resucitado “prepara concienzudamente” a sus discípulos, hablándoles del Reino, para que puedan predicar el evangelio hasta los confines de la tierra. Conviene notar que la misión encomendada a los apóstoles es la misma que desempeñó Jesús durante su ministerio: el anuncio del Reino de Dios (Lc 4,43; Hch 1,3; cf. 8,12; 14,22; 19,8).

De los cuarenta días que el Resucitado pasó con los discípulos, el relato se fija en una ocasión en que Jesús comió con ellos (1,4). Notemos el detalle: Jesús resucitado come con sus discípulos (cf. Lc 24,36-43). La comida en la que los cristianos podemos encontrarnos realmente con Jesús resucitado no es otra sino la Eucaristía; en el seno de la Eucaristía, Jesús converge con los apóstoles a quienes conferirá la misión de predicar el evangelio por todo el mundo (1,4b-8).

Apreciemos todavía otro matiz. La frase “mientras comían juntos” dice, literalmente, “mientras tomaban juntos la sal” (1,4a); expresión única en el NT. Evidentemente, la expresión “tomaban juntos la sal” constituye un circunloquio, extraído del léxico popular; que alude al aspecto gozoso que configura la relación humana durante la comida festiva (cf. Col 4,6); pero, la dimensión simbólica del relato puede sugerir quizá otra interpretación alegórica.

La referencia a la sal aparece en el Sermón de la Montaña, Jesús dice a sus discípulos: “Vosotros sois la sal de la tierra [...] vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5,13-16). Los discípulos son la sal y la luz del mundo cuando las buenas obras que realizan propician que todos los hombres glorifiquen al Padre (Mt 5,16).

El objetivo de la comida de Jesús con los apóstoles trasciende el gozo que entraña el hecho de compartir juntos la mesa, pues inserta en el corazón de los discípulos la decisión de convertirse en sal de la tierra que llevará el buen sabor del evangelio al Orbe entero.

Durante la comida, Jesús ordena a los apóstoles que permanezcan en Jerusalén donde serán bautizados con el Espíritu Santo (1,4b-5; 2,33; Lc 24,49; Gal 3,14; Ef 1,3). La mención de Jerusalén sorprende, pues Mt 28,18 y Mc 16,7 muestran como Jesús prescribe a sus discípulos que se dirijan a Galilea.

La ciudad de Jerusalén ocupa una posición central en el evangelio de Lucas, a diferencia de lo que ocurre en los evangelios de Mateo y Marcos. El Tercer evan-

gelio comienza en Jerusalén cuando Zacarías recibe durante el culto sacerdotal el anuncio del futuro nacimiento de Juan Bautista (Lc 1,13), y concluye en la Ciudad Santa cuando describe a los discípulos que, tras contemplar la ascensión del Señor, regresan a Jerusalén (Lc 24,52-53).

Por eso el libro de los Hechos, continuando la tradición lucana, muestra como Jesús ordena a los apóstoles que aguarden en Jerusalén el cumplimiento de la promesa que les hizo de parte del Padre: el bautismo con el Espíritu Santo (1,4). Jerusalén, como centro geográfico de la obra lucana, es también el lugar desde el que comienza la misión evangelizadora de la Iglesia (Lc 24,47; Hch 1,8.12; 6,7; 8,1; 11,19; 15,30.36).

El Tercer Evangelio pone en labios del Bautista el anuncio del bautismo con el Espíritu Santo, dice Juan: “Él (Jesús) os bautizará con Espíritu Santo y fuego” (Lc 3,16; cf. Hch 11,16). Sin embargo, en el libro de los Hechos la pluma de Lucas modifica el sentido de la expresión del Bautista.

Las palabras de Juan aparecían en el seno del evangelio en el contexto del inminente juicio de Dios (Lc 3,16b-17), mientras el libro de los Hechos las sitúa en el marco del don del Espíritu Santo a la Iglesia naciente (1,5). De ese modo, el nuevo matiz que adquiere la frase en boca del Resucitado transforma el sabor de la amenaza en el gozo del triunfo.

Los apóstoles preguntan al Señor: “¿vas a restablecer ahora el reino de Israel?” (1,6; cf. Mt 4,17). Bajo esta demanda late la expectativa política que antes de la resurrección palpitaba en el ánimo de quienes habían seguido a Jesús. Los discípulos creían que Jesús instauraría en Israel un nuevo sistema político en el que sus adeptos detentarían el poder. Así lo sugiere la súplica de la madre de los Zebedeos cuando solicita para sus hijos un puesto relevante en el futuro Reino (Mt 20,20-23), y lo desvela también el malestar de los discípulos de Emaús cuando perciben el fracaso de Jesús por lo que

atañe a la liberación política de Israel (Lc 24,21).

Jesús no responde la pregunta que los apóstoles le dirigen en el cenáculo (1,6b), ya lo había hecho al refutar la opinión de Cleofás en el camino de Emaús (Lc 24,25-26); pero, aun así, el Resucitado trastoca la intención que subyace en la pregunta de los apóstoles. Ellos deseaban saber “si ahora advendría el reino de Israel”, pero el Señor, como decíamos, elude la respuesta y utiliza la pregunta para introducir la cuestión referente a la efusión del Espíritu Santo (1,8).

Sin embargo, la voz de Jesús todavía añade un matiz al término “ahora” que figura en la pregunta de los discípulos. El adverbio “ahora” escondía el deseo de los apóstoles cuando deseaban conocer el momento en que Jesús instauraría el reino de Israel. El Resucitado después de trastocar el sentido de la pregunta, tal como acabamos de mentar, altera también el significado de la palabra “ahora”. Los apóstoles no pueden conocer “el tiempo o el momento” en que el Padre desvelará su poder; pues, como señala el AT, sólo Dios es Señor de la Historia (Is 41,25-29), y por esa razón el ser humano nunca puede determinar el instante en que Dios manifestará su grandeza (cf. Dn 2,21; Mt 24,36; 1 Tes 5,1-2).

Sólo cuando el Padre lo determine se derramará sobre los apóstoles el Espíritu Santo (cf. Is 32,15); por eso la actitud de los discípulos estriba sólo en aguardar en Jerusalén la irrupción del Espíritu. No obstante, el don del Espíritu no corresponde a un capricho del Padre, sino que es algo que Dios ha dispuesto desde toda la eternidad para la salvación del género humano (cf. Rom 16,25; 1 Cor 2,7; Ef 1,4; 3,9.11; Col 1,26; 2 Tim 1,9).

Cabe formular ahora una pregunta: ¿en qué cambiará el Espíritu Santo la vida de los apóstoles? La respuesta es doble. Por una parte el Espíritu convertirá a los apóstoles en testigos de la resurrección del Señor (cf. 10,40-41; 13,31; Lc 24,47-48; Mt 28,10). Por otra,

les impulsará a proclamar la gloria del Señor en Jerusalén, en Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra (1,8). No cabe duda de que la misión central de los apóstoles estriba en dar testimonio del Resucitado (cf. 2,3; 3,15; 4,33; 5,32; 22,15), y en la decisión de entregar la vida en el anuncio del mensaje salvador que predicó el Señor en Palestina (cf. 1,2; 10,39; Lc 1,2; Jn 15,27; Rom 1,1).

Debemos observar cómo el itinerario por el que discurre la predicación de la Palabra pergeña, tal como afirmábamos en la Introducción General, la estructura del libro de los Hechos: la gloria del Señor comienza a proclamarse en Jerusalén y en Judea (1,12-8,1), después alcanza Samaría (8,4-8.26-40) hasta llegar a Roma (28,17-31) para extenderse después, a lo largo de la historia, hasta los confines de la tierra (cf. Mt 28,19; Is 45,14).



Estudio, reflexión y oración

a. Intenta sintetizar el contenido teórico de la exposición. Los Discursos de Despedida aparecen con alguna frecuencia en la Escritura. Podrías leer, por ejemplo, el de Jesús (Jn 13-17), o el de Pablo ante los responsables de la comunidad de Éfeso (Hch 20,17-38).

b. Lectura: Mt 28,1-20; Lc 24,36-49; Jn 14,16-17; 20,1-21,23. Léon-Dufour, *Diccionario* (Eucaristía), 309-314. Cortés, *Los discursos de adiós*, 124-146. Gómez-Acebo, *Lucas*, 11-42.

c. Observa los detalles de alguna ocasión en que Jesús comiera con sus discípulos: Mt 26,17-19.26-29; Mc 14,12-16.22-25; Lc 22,7-20.

d. Oración. La celebración de la Eucaristía, el momento privilegiado de la presencia del Resucitado en el seno de la comunidad, es un acontecimiento central en la vida cristiana. Ora con el testimonio de Pablo: 1 Cor 11,23-25.

Hch 1,9-11: La Ascensión

1. Lectura

⁹Después de decir esto, lo vieron elevarse, hasta que una nube lo ocultó de su vista. ¹⁰Mientras estaban mirando atentamente al cielo viendo cómo se marchaba, se acercaron dos hombres con vestidos blancos ¹¹y les dijeron:

—Galileos, ¿por qué seguís mirando al cielo? Este Jesús que acaba de subir de vuestro lado al cielo, vendrá como lo habéis visto marcharse.

2. Visión panorámica

El relato de la Ascensión (1,9-11) forma parte también del prólogo del libro de los Hechos. Repite, con alguna ampliación, el mismo pasaje concerniente a la

Ascensión que figura en el “primer libro”, el evangelio de Lucas (Lc 24,50-53).

El AT menciona dos personajes importantes que son conducidos al cielo cuando han finalizado su tarea terrenal: Elías (2 Re 2,1-18; Eclo 48,9.12; 1 Mac 2,58) y Henoc (Gn 5,24; Eclo 44,16; Heb 11,5). La literatura intertestamentaria señala la ascensión de Henoc (Henet 70.81), Esdras (4 *Esd* 14,9.49) y Baruc (Basir 13,3; 25,1; 43,2; 46,1.7).

El relato de la Ascensión también envuelve la historia mitológica de los grandes héroes y filósofos paganos: Hércules, Empédocles, Ifigenia, Platón, Aristóteles. También aparece como el entramado del literario que ensalza la vida de algunos emperadores romanos y dignatarios ilustres: Augusto, Claudio, Drusila. El relato de la ascensión de un emperador romano constituía el motivo literario con que la religiosidad antigua expresaba la divini-



La palabra *ángel* significa: “mensajero”. La Biblia menciona la presencia de los ángeles en las narraciones relacionadas con el origen de algún santuario (Gn 22,11; Ex 3,2; Jue 2,1-5; 6,11-24; 2 Sm 24,16-17). La misión del ángel estriba en proteger al pueblo peregrino hacia la Tierra Prometida (Ex 14,19; 23,20-23). Los escritos veterotestamentarios más recientes (Zacarías, Daniel), presentan a los ángeles como intermediarios entre Dios y los hombres, a la vez que les confieren una figura y una actuación de índole personal.

zación del monarca supremo. El soberano dejaba los gozos y las sombras de la vida terrena para experimentar la gloria divina en el cielo, abandonaba la naturaleza humana para revestirse de la divina.

Ahora bien, la hondura del lenguaje de la Escritura no se conforma con el uso del término “ascensión” en el aspecto profano que acabamos de citar. La teología se vale también del vocablo “exaltación” (ascensión) para certificar la ocasión en que una persona es llevada al cielo para adquirir una vida distinta de la terrenal, anclada en el eterno y glorioso regazo divino.

El entramado literario del relato de la ascensión del Señor (Lc 24,50-53; Hch 1,9-12) utiliza la simbología del AT, pero también se vale de la perspectiva de la literatura pagana para describir la vida nueva del Señor resucitado. De ese modo, Lucas resuelve dos cuestiones concomitantes.

Por una parte, apelando al eco del AT evoca en el ánimo del lector el recuerdo de la ascensión de Elías y Henoc, de esta manera señala que la ascensión de Jesús esta enraizada en la teología de la Antigua Alianza.

Por otra, aludiendo al mundo pagano, trae a la memoria la ascensión de los soberanos romanos, de este modo colorea también la ascensión del Señor de un halo ideológico inteligible para el mundo gentil.

3. Lectura acompañada

Desde la perspectiva literaria, el relato de la Ascensión constituye otra manera de expresar el significado teológico de la resurrección de Jesús. Detengámonos un instante para explicar el sentido de la afirmación que acabamos de hacer.

La resurrección del Señor es un acontecimiento tan profundo que el lenguaje humano carece de palabras idóneas para expresar la hondura del suceso; por eso la Iglesia primitiva, tal como constata el NT, adoptó un triple lenguaje para referirse a la vida nueva de Jesús: el lenguaje de resurrección, el de exaltación y el que aparece en los relatos de las apariciones del Señor. Veamos de forma sucinta el significado teológico de cada tipo de expresión literaria.

El lenguaje de resurrección se sitúa en las categorías temporales: “antes” y “después”. Jesús predicó en Palestina y sufrió la pasión en Jerusalén (Lc 4,11–23,43), murió y fue sepultado (Lc 23,44-56), pero después resucitó (Lc 24,1-12). Repitámoslo, Jesús “antes” predicó, murió y fue sepultado, pero “después” resucitó.

La ventaja del lenguaje de resurrección estriba en enfatizar la identidad del sujeto; la persona que murió y fue sepultada, Jesús, es la misma que después resucitó. Sin embargo, cuando se concede al lenguaje de resurrección un uso exclusivo presenta una dificultad, pues no expresa en qué consiste la vida nueva de que goza Jesús resucitado; por esa razón la comunidad cristiana primigenia adoptó, como complemento, el lenguaje de exaltación o de ascensión.

El vocabulario de exaltación se vale de categorías espaciales: “abajo” y “arriba”. Jesús predicó, murió y fue sepultado en Jerusalén, “abajo”, pero después subió al cielo, “arriba” (Lc 24,51; Hch 1,9-12). El lenguaje de exaltación recalca el contenido de la vida nueva que envolvió a Jesús, pues señala que abandonó la tierra, el habitáculo humano, para instalarse en el cielo, el ámbito divino (Flp 2,6-11; Mc 16,19; Jn 20,17; Ef 4,9; 1 Pe 3,22).

No obstante, el léxico de exaltación tomado de forma unilateral entraña, co-

mo acontecía con el vocabulario de resurrección, un inconveniente: no deja del todo claro que la identidad del Jesús terreno sea exactamente la misma que la del Señor que ha subido al cielo, ya que la diferencia entre la existencia terrenal y la vida celestial es infinita.

El uso conjunto de ambos tipos de lenguaje precisa el contenido de la nueva vida del Resucitado. El lenguaje de resurrección subraya la identidad del Jesús histórico con el Señor resucitado, mientras el lenguaje de exaltación acentúa la naturaleza de la vida nueva de Jesús, la existencia celestial.

El NT añade a las dos perspectivas teológicas y literarias que acabamos de citar, el vocabulario concerniente a las apariciones del Señor. Los relatos de las apariciones en las que el Resucitado come con sus discípulos constituyen una metáfora de la Eucaristía (Lc 24,13-35.36-49); de ese modo, el NT resalta que la Cena del Señor es el lugar privilegiado donde la comunidad reunida experimenta la presencia verdadera y real del Señor resucitado.

Una vez esbozada sumariamente la diversidad de los tres tipos de lenguaje con que el NT se refiere a la Vida Nueva del Señor, detengámonos en el lenguaje de "exaltación" referido, en nuestro caso, a la Ascensión de Jesús.

Los apóstoles perciben como Jesús se eleva y como la nube que le envuelve lo oculta de su vista (1,9). El libro del Éxodo descubre bajo la metáfora de la nube que guía al pueblo peregrino la presencia de Dios que conduce a su pueblo hacia la Tierra Prometida (Ex 13,22).

Desde esta misma perspectiva, el NT también señala bajo la imagen de la nube la presencia de Dios junto a los discípulos en el episodio de la Transfiguración (Lc 9,34-35), y certifica que será sobre las nubes del cielo que el Hijo del Hombre se manifestará a toda la humanidad al final de los tiempos (3,20; cf. Mt 24,29-31; Dn 7,13; 1 Tes 4,17; Ap 1,7; 14,14-16).

La imagen de la nube que envuelve a Jesús en la cima del monte de la Ascen-

sión constituye la metáfora del Padre que exalta al Hijo a la vida nueva en el cielo (cf. Flp 2,1-11). Cuando la nube rodea a Jesús, los discípulos dejan de verle porque la vida nueva del Señor es tan distinta de su existencia terrenal que los ojos, los órganos con que el Nombre observa el mundo, se vuelven incapaces de percibir la novedad de la vida nueva en el regazo divino. Los apóstoles sólo podrán intuir la hondura de la vida nueva del Señor cuando hayan recibido la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés.

Teológicamente hablando, sólo el don del Espíritu abrirá los ojos del alma a los apóstoles; será precisamente con éstos ojos con los que podrán darse cuenta de la presencia del Señor resucitado en el seno de la comunidad cristiana.

Mientras los apóstoles contemplaban la ascensión, dos hombres vestidos de blanco les dirigieron la palabra para anunciarles el futuro retorno de Jesús, al final de los tiempos (1,11; cf. Mt 16,27; 24,30; 25,31; 1 Tes 4,16; 2 Tes 1,6-8). La profecía de Daniel proclama el advenimiento del Hijo del Hombre cabalgando sobre las nubes (Dn 7,13), y el mismo Jesús, el Hijo del Hombre, anunció ante el Sanedrín su venida gloriosa sobre las nubes del cielo (Lc 21,27).

De la misma manera que una nube transportó a Jesús al cielo en el prodigio de la Ascensión, también sobre una nube descenderá de nuevo Jesús al final de los tiempos para encontrarse con los hombres que pueblan al mundo.

El intervalo temporal que media entre la ascensión de Jesús, rodeado de una nube, y el retorno del Señor, sobre una nube, al final de la historia, constituye el tiempo en que la Iglesia debe realizar su misión. La tarea de la Iglesia estriba en dar testimonio del Resucitado ante la humanidad entera durante el tiempo que discurre entre la Ascensión y la Segunda Venida del Señor.

La mención de los "dos hombres vestidos de blanco" que figura en la narración de la Ascensión había aparecido ya, de modo semejante, en el relato de la re-

surrección, cuando “dos hombres con vestidos deslumbrantes” anunciaron a las mujeres, a la puerta del sepulcro, la resurrección de Jesús (Lc 24,4-7).

La referencia a los dos hombres con ropas refulgentes asocia el relato de la Ascensión con el de la Resurrección mostrando, de ese modo, la analogía entre ambas narraciones. En ese sentido, podemos apreciar desde el aspecto literario como la Ascensión y la Resurrección proclaman la misma verdad teológica aunque formulada con un lenguaje diverso y complementario: la vida nueva del Señor; el Hijo de Dios, en el seno del Padre.

Los dos hombres con vestidos fulgurantes se dirigen a los apóstoles llamándoles galileos y dirigiéndoles una pregunta: “¿por qué seguís mirando al cielo?” (1,11a). La intención de la pregunta estriba en subrayar dos aspectos concomitantes.

Por una parte, impele a los apóstoles a emprender el regreso a Jerusalén donde recibirán el don del Espíritu Santo que les convertirá en testigos del Resucitado en Jerusalén, Judea, Samaría y hasta los confines del Orbe (1,8).

Por otra parte, certifica que la vida cristiana no se circunscribe a la espera pasiva que se contenta con mirar al cielo aguardando la venida del Señor al final de los tiempos. La existencia cristiana se desenvuelve en Jerusalén, metáfora del mundo en el que nos corresponde vivir y donde el discípulo debe dar testimonio fehaciente del Resucitado.

El episodio siguiente sitúa la Ascensión en el Monte de los Olivos (1,12). Seguramente, la ubicación geográfica responde a dos motivos teológicos complementarios.

En primer lugar, la “montaña” aparece revestida a lo largo del AT de un aspecto sacral. Fue en la cima del Sinaí y en el seno de una teofanía, donde Moisés

se encontró con el Señor y recibió las tablas de la Ley (Ex 34,1-5) que entregó después al pueblo expectante, al pie de la montaña (Ex 34,29-32). De modo análogo, los apóstoles experimentaron en el Monte de los Olivos el encuentro con Jesús (1,9-11) después de haber recibido sus instrucciones (1,2), metáfora de la nueva Ley, para convertirse en testigos privilegiados del Resucitado entre todos los pueblos (1,8).

En segundo lugar, conviene notar también que el texto griego de la profecía de Zacarías sitúa en el Monte de los Olivos el lugar donde el Mesías se posará al bajar del cielo (Zac 14,4), de ese modo podemos constatar como la teología lucana ensambla el ministerio salvador de Jesús con las expectativas de la Antigua Alianza.

Ahora bien, conviene precisar que 1,12 entiende que el Monte de los Olivos es la colina sobre la cual tuvo lugar la Ascensión del Señor. El Monte de los Olivos alude a una cumbre próxima a Jerusalén y separada de la ciudad por el torrente Cedrón; dista de la Ciudad Santa lo que se permite caminar en sábado (unos 880 m).

Cuando ensamblamos el significado teológico de la montaña con el sentido geográfico del Monte de los Olivos podemos discernir con mayor profundidad el aspecto teológico del relato. La realidad geográfica del Monte de los Olivos acentúa que la experiencia religiosa de la Ascensión, aunque sea espiritual, constituye la experiencia real de la presencia de Dios por la que los apóstoles, gracias al don del Espíritu Santo en Pentecostés, podrán convertirse en testigos del Resucitado en medio del mundo. La experiencia espiritual o religiosa es siempre una vivencia real de la presencia del Resucitado que acompaña al cristiano durante toda su vida.



Estudio, reflexión, oración

a. Sintetiza el contenido teórico de la exposición. Ayudado por las notas a pie de página que aparecen en la Biblia, lee los relatos de la ascensión de Elías (2 Re 2,1-18) y Henoc (Gn 5,24) y compáralos con el relato de la Ascensión que figura en el Evangelio (Lc 24,50-51) y en los Hechos (Hch 1,9-11).

b. Lectura: Dn 7,13; Lc 24,4; Lc 24,50-51. Charpentier, *Para leer el Nuevo Testamento*, 33-35. Cousin, *Vidas de Adán y Eva*, 29.61. Gómez-Acebo, *Lucas*, 640-680.

c. Compara el relato de la Ascensión que aparece en el evangelio de Lucas (Lc 24,50-53) con el que figura en el libro de los Hechos (1,9-11).

d. Quizá uno de los textos más profundos que sintetizan el misterio redentor de Jesús sea Flp 2,5-11. Llévalo a la oración. Léelo varias veces despacio, fíjate en una palabra o en una frase, repite en tu interior la expresión que hayas elegido y pide al Señor la gracia de vivir el evangelio.



No podemos olvidar que la comunidad judeocristiana de lengua hebrea/aramea también reconocía a Jesús como Señor, así se deduce del uso de la invocación aramea *marana tha*, “Ven, Señor Jesús” (cf. 1 Cor 16,22; Ap 22,20). Mediante la súplica, la comunidad imploraba el regreso de Jesús al final de los tiempos, pero también reclamaba la ayuda del Señor en las diversas circunstancias, a menudo difíciles, por las que atravesaba el grupo cristiano.